

María Antonia Ricas
Isabel Rodríguez Ortega
Andrés José Ortega
Marisa Morata Hurtado
Emilio Sales Dasi
Paco Morata
Joaquín Copeiro
Jesús Morata
Gonzalo Vaquero Suela
Juan Carlos Pantoja Rivero
Jesús Pino
Antonio Illán Illán
María José Vioque

Portada: Lola Beneytez
Ilustraciones: Lola Beneytez
Pepe Morata y Miguel Mejía

HERMES

Hermes IX, Toledo, 2010

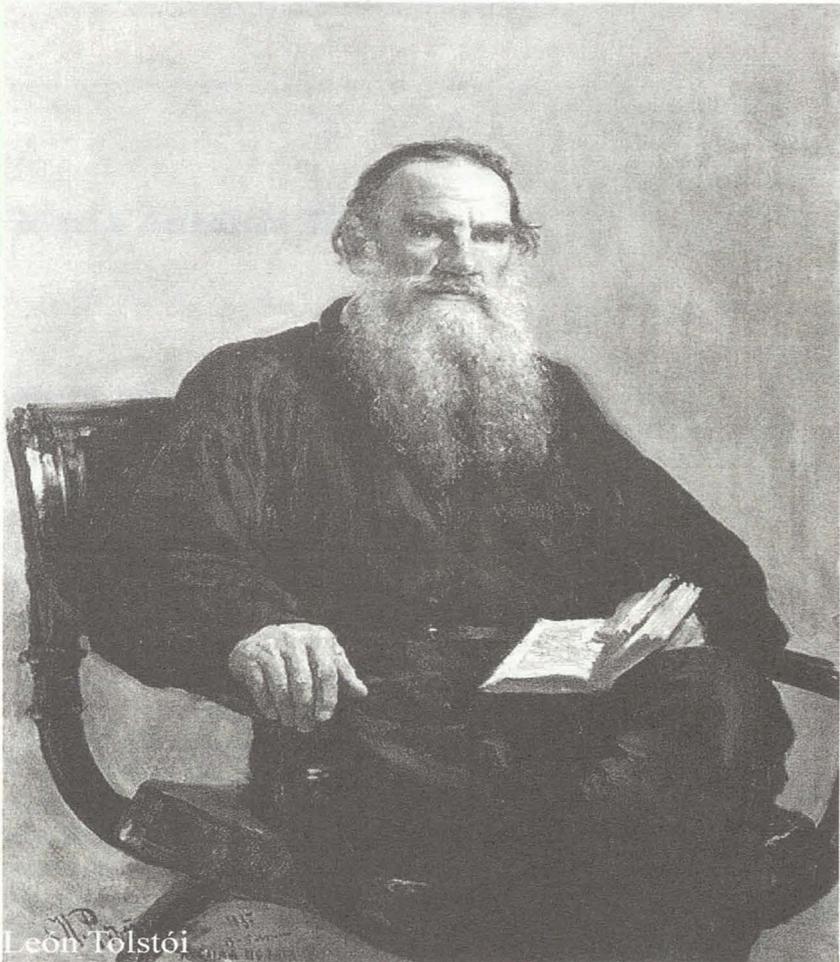
Revista Literaria Estacional
2ª Etapa

Dirigen y coordinan:
María Antonia Ricas y
Jesús Pino

Edita: Círculo de Arte

Depósito Legal: TO-654-1995
ISSN: 1135-4801

HERMES 9



**REVISTA LITERARIA
DEL CÍRCULO DE ARTE DE TOLEDO
2010**

María Antonia Ricas

I

Me he mantenido a pan y agua con las cosas
quietas de mis estantes: bronces depurados
robándole un momento a la simpleza, libros
para no olvidar que sabía descifrar
el vaticinio de las estrellas, cristales
que me recordaran mi propia transparencia
de mujer durmiente, y un gato ajeno y negro
viviendo en mi casa como una aparición.

Quería beberme y beberme mi humedad
pero no me llegaba,
quería comerme mi boca, mis pechos, los labios
dulcísimos de mar,
pero era imposible la contorsión, el pliegue
perfecto que negara que estoy inacabada,
que estoy falta de piernas, de brazos, de ojos,
que si me echo a rodar semiesférica sólo
me dañaría.

Tengo hambre y sed. De pronto he recordado cómo
de sabrosos los muslos que me apurarían
el aliento
y cuánto zumo envenenado me daría
esa otra boca después de hendir y sorber
mis naranjas.

Tengo hambre y sed y bellos objetos inútiles.

En cualquier superficie me reflejo y veo
quien no soy
y me vuelvo feroz, leona, y a ese ser
ansío.

II

Levanto campanas de azaleas del hierro
de la escarcha y, donde tumba el mármol pulido,
escribo signos, entonces se empinan raíces
que no eran sino muertos, que estaban pendientes
de un conjuro.

Enamoro a la niebla y las piedras clarean,
me como con los ojos heridas y surge
un dios pagano vegetal para cubrir
el sufrimiento.

Cautivo a la impotencia de las carreteras,
trastorno la rotación de un planeta amargo,
entusiasmo al desierto, atraigo al agua,
flecho al amanecer que estimula Sus ojos
y me paseo por su ciudad transformando
en guiños la distancia,
en marejada
la pereza.

Porque soy
la distinción
de entre las emociones: de pronto, mitades
errantes se encuentran, se miran, se incorporan.

Soy la primera voz, ibis mujer palmera;
he resucitado y me duele esta alegría
en mi diafragma
desacostumbrado,

regreso en lo que fui completamente armada
y Su estar vivo es mi fortuna.

Isabel Rodríguez Ortega

Arpegio de incandescencia helada

*«Nido vacío esperando
la hora del fuego»
(Yorgos Seferis)*

Soy
el delicado cristal de un susurro de luna. Mírame.
La templanza que arrullaba tu anochecer estrellado
cuando plácido caía el melodioso sopor azul
sobre la ciudad rugiendo invernales
y vaporosas sombras desplegadas. Mírame.

En mis cántaros aún guardo el néctar y la ambrosía
celestes de tu tacto níquelado en sosiego, cimero,

bruñido de lentos violines que escuchamos como
cadencia musitante que allí nos encumbraba
y que, al rozar la luz, apasionadamente latía
tras el infinito mar de la leyenda.

Pero un claudicado espacio esbozó pesadas alas
sobre aquel manantial de lava hirviente, trazó
murallas, acordes lejanos, surcos intermitentes,
enardecidos huecos rezumando agrio vacío,
polvorientos amaneceres apagados, inhóspitos,
flameantes hogueras cubiertas de deshielo.

Y ahora
soy el rescoldo vivo de un ayer hecho ceniza.

Mírame, según te alejas tú, según te desvaneces,
más me están hiriendo las palabras no dichas,
más me abate la gravedad de este mi frágil camino,
ausente carbón derruido frente a la potente luminaria
de una aurora que nos saluda con el adiós.

Soy
la infranqueable arista donde creció fuerte
un crepúsculo consumado que encerré carne adentro.

Encrespada tormenta amotinada en mi cauce
para aliviarte así el peso, ya insostenible,
de las margaritas impares.

Aeternum iter

*A la memoria de mi abuela,
D^a Francisca Saavedra Martín)*

Lágrima lenta.
Resbaladiza estrella.
Frialdad dura, estática.
Roca gélida y quieta.

Febrero. Lloviznaba
parca la luz en la madrugada húmeda
y tu pulso se llevó consigo
aquel débil tintineo de apagadas gotas cayendo
a golpe de silencios y umbroso
dolor.

Febrero.
Tu último viaje.
Último latido nuestro.
Ribera inexorable que atravesar
algún inesperado día
arañádoles sangre a los ya inmóviles sueños
y sangrando infinita eternidad
allá donde el cuerpo será tierra
y el alma
perpetua luz, elevado
vuelo sin retorno.

Lágrima lenta
Resbaladiza estrella
Frialdad dura, estática.
Roca gélida y quieta.

Esmeralda fue el recuerdo
de tus pequeños ojos fijos, hablándome
sin musitar ya palabras,
socavando para siempre el etéreo silbido
de mi alma:
implacable llanto desgarrador,
negra luna desbocada,
manual sempiterno de vacío
tatuado hoy sobre mi piel
en su fiera pugna por desear
volver a contemplarte.

Ojos verdes,
verde camino, secreta
vereda infinita.

Allí donde sórdida
se detuvo la existencia quedarán
mis manos suplicantes insuflándote calor.
Brotará
el recuerdo persistente de aquella
sacra imagen que triste
se instaló dentro

de mi voz hendida.

Inmóvil,
un mar profundo fluyendo
sobre tu frente exánime coronada.
Un eterno
equipaje de versos
como abrigo de tu pecho impregnado
con la luz de un amor sin medida.
Silencioso el diálogo
de nuestras inseparables almas.
Y aquel beso postrero.
Último beso nuestro.

.....
.....

Hoy sé que,
en algún indestructible rincón,
seré siempre mustio desierto.
Hondo
odeón de nostalgia doliente
sepultado bajo el muro
de tu tácito corazón.

Yo:
ráfaga marchita,
marchita melodía.

Exiliada, a la fuerza,
de tus longevos brazos.

Ojos verdes,
verde camino, secreta
vereda infinita.

Ab imo pectore

Desaliento

En el sitio donde el sueño tropezaba con su realidad.

Allí mis pequeños ojos.

*No preguntarme nada. He visto que las cosas
cuando buscan su pulso encuentran su vacío*

(Federico García Lorca)

Roncos clamores parten la madrugada, llena de ti.

A lo lejos, una sombra extraña
empañada por el sabor triste de esta noche,
me va arrebatando el alma desde muy dentro
de esta lenta soledad.

Lloro
silencios lóbregos que apenas calman mi inquietud.
Lloro una nostalgia de deseos dulces e hirientes
que el compás de las horas cautelan sin temor,

comulgando con mi verdad la supremacía
de tu impalpable cuerpo esbelto.

Vacíos están mis brazos de aquel fino aroma de estrellas.

Difuso
se vuelve el aire que entrecorta el pulso de mi memoria.

Entre tus manos quedó guardada la eterna sinfonía de
mi ayer,
su cándida dulzura, mi desvelo risueño, todo el intermi-
nable
amor que de ellas tú bebiste.

Y ahora, alma y cuerpo adentro,
me siento como la levedad de un arco-iris sin color
en su lucha feroz por volver a brillar de nuevo
pincelando cada nítido milímetro de lluvia acabada,

persistiendo, soñando aún
un sueño que quizás ya no me pertenezca
por haberse convertido en el amargo tinte
de mi murmurada esencia sin luna.

Me siento
la roca severa y glacial que en la mirada permaneció
cuando un mar de lágrimas erosionaron su costado
rociando de sal agria la cuenca honda
de su dolor insondable.

Y he llegado a sucumbir en vida, atada
a los círculos monótonos de un reloj concéntrico
que sólo me enseña ahora
el margen de tiempo que hasta la piel
de tu alma me conduce ciegamente,

nafragando una y otra vez
frente a tus párpados sordos, silenciosos,
ingrávidos y versátiles, como
infeliz lanza hiriente
que agrava mi alarido,
desconsolado
y profundo.

Un clamor ronco de altísimos sueños rotos
quebrados al borde de un eterno siempre
muy lejos ya de ti.



Andrés José Ortega

El sinvivir de la sospecha

Ayer alteré mi horario, cosa que no suelo hacer normalmente. Salí del hospital mucho más temprano de lo habitual, por primera vez mi compañero Cristóbal fue prematuro y tuvo el generoso detalle de regalarme una hora por los retrasos que religiosamente venía acumulando durante los últimos meses en los cambios de turno.

De camino a casa, precisamente en el momento que estaba cruzando el río y la radio daba las noticias de la medianoche tuve una sensación extraña y hasta entonces desconocida. Se trataba de una especie de curiosidad insana mezclada con algo de pesimismo. Este, el pesimismo, no era nuevo para mí, pues solía acompañarme desde que me reconozco en el mundo y podría resumirse como una cierta tendencia a añorar lo que

todavía no he perdido, ausentándolo en la justa medida como para no poder degustarlo con toda su riqueza. Ahora bien, otra cosa era esa curiosidad. Podría decirse que me dio por la epistemología en aquel momento y que por eso me preguntaba si realmente mi casa existía cuando yo no la contemplaba, es decir, antes de llegar del trabajo, pero tal formulación filosófica estaba al abrigo de una sospecha mucho más mundana, la de si alguien existía a mi mujer en mis periódicas ausencias.

En ese momento tomé conciencia de que no era bueno ocupar mis pensamientos en asuntos tan bochornosos y reaccioné tratando de llevar mi mente por otros derroteros, habilidad esta, la de cambiar el chip, que desde la infancia he entrenado y que siempre me ha dado buenos frutos, aunque en este caso no conseguí nada.

Tenøa la necesidad de llegar pronto al hogar, no por el ver el jardín florecido, ni por disfrutar del sofá y su compañía, sino porque parece que fuese a descubrir allí algo que se estaba haciendo a mis espaldas, un reino que todos los días se levantaba pero que atropelladamente se recogía antes de que yo llegase. Entonces me pregunté cuántos accidentes de tráfico habrían sido originados en similar e irracional sinvivir de la sospecha.

Nada más llegar a casa y ver a Carmen, tanto el pesimismo como la curiosidad desaparecieron sin dejar rastro ni secuelas. La encontré dormida, el sueño se le había

adelantado, y a pesar de las ganas de besarla que acumulaba y de la predisposición al juego que traía, el verla en ese estado de levedad, frágil, siendo apenas un silbido, hizo que me retractara, tapándola y dejándola descansar plácidamente. Pero antes de salir de la habitación me recreé con la mirada, observando su cuerpo entre las sábanas, cambiante y lleno de encantos, perdido y abandonado mientras su alma viajaba por los mundos de la ensoñación. Una imagen tierna, ñoña al fin y al cabo, propia del amor que me inspiraba.

Después de tomar un té acompañado de buena lectura me fui a regar el jardín, era algo que me relajaba, una labor nocturna por antonomasia en los meses de verano, el broche final que me gustaba ponerle al día siempre que no me quedase dormitando en el sofá con la televisión echando algún concierto de jazz también tan propio como el regar de las noches estivales.

Entre tanto la regadera cumplía con su función, yo coleccionaba las imágenes del día, recogía olvidos, inventariaba algún que otro desencuentro y me preguntaba por las guerras y otros desastres que los medios de comunicación habían grabado en mi mente a lo largo de la jornada. En ese momento ya estaba en disposición de irme a la cama, eso sí, con la indignación y el resentimiento que los temas de la prensa me crean. Tengo la mala costumbre de leer, y lo que es peor, de pensar en lo que leo.

Mi despertar fue solitario. Cuando abrí los ojos Carmen ya no estaba, solía despertarse muy temprano para ir a trabajar. Probablemente mientras yo intentaba vencer la pereza de la posición horizontal para entrar en el nuevo día ella estaría en el despacho con su equipo dándole vueltas a los muchos proyectos que le acababan de encargarse para la construcción de la nueva ciudad universitaria. La imaginaba revisando planos y apartándose de la cara su largo pelo negro en una especie de erótica de la arquitectura.

Salí de la cama que habíamos compartido sin intercambiar una sola palabra aunque sí más de una caricia, y ya tenía el café preparado, todavía manteniendo su original aroma y temperatura. Junto al desayuno una nota de Carmen me invitaba a pasar un buen día y me recordaba sus sentimientos hacia mí con unos versos con los que nos habíamos conocido hace unos años en la tertulia de un café toledano. Pero después de leer la nota, a pesar de lo acertada que era y de la sonrisa que me arrancó, no pensé en aquel encuentro toledano, casual como casi todos los que han marcado mi vida, sino en el poco tiempo que paso con mi pareja, en lo que la vida laboral nos roba, en esa venta descarada e inconsciente de tiempo que la mayoría de los trabajadores hacen a sus empresas. Y qué ocurriría cuando llegase el hijo, quién lo criaría, acaso un desconocido despreocupado en horario de ocho a dos.

Tras dicha toma de conciencia, y su inherente e inerte

berrinche, decidí salir de casa y despejarme un poco. Mientras caminaba me decía en un monólogo interior que el animal más necio es aquel que tropieza infinitas veces en la misma piedra, así, dicho esto, como todas las mañanas seguí rumbo a comprar el periódico.

Y no es que destaque por mis supersticiones pero al salir del quiosco miré al cielo y tuve un presagio, no sé si bueno o malo, de que algo, aquel día, sería distinto. Tampoco le presté mayor atención a aquella corazonada, bajé enseguida los ojos del cielo y los dirigí a la prensa que traía lo de siempre, que si crisis financiera, violencia de género, éxitos deportivos del tenis español, guerras en el mundo, y lo más interesante, un artículo de opinión sobre el pueblo gitano firmado por uno de mis escritores favoritos y que fui leyendo mientras caminaba por el parque, esquivando por fortuna las heces de los cínicos que como minas antipersona eran sembradas cada mañana.

El atractivo del artículo radicaba en la sagaz lectura que de la comunidad gitana española se entreveía en él. Son los embajadores de nuestro folclore y los exhibimos orgullosos por el mundo, se decía, pero luego no podemos dejar de mirarlos como «robagallinas» y temperamentales hasta el apuñalamiento, por lo que los mantenemos a distancia y los relegamos a un estatus, cuanto menos de segunda. La lectura de ese psicólogo social era sin duda acertada, lo corroboro desde mi condición calé que

provoca, entre otras desacertadas conductas, el que mucha gente me mire con extrañeza cuando estoy en la consulta, como si esperasen que fuese a arrancarme de un momento a otro por bulerías.

Ya en la calle donde vivo vi al cartero a lo lejos dejándome correspondencia, creí que sería lo de siempre, publicidad y recibos del banco, pero cuando llegué y abrí el buzón encontré un extraño sobre con mi nombre y sin remitente que habría de cambiar mi vida, pero que en aquel momento no reparé en abrir. Entré a casa y sin perder tiempo me puse manos a la obra con las tareas del hogar que iban a ocupar lo que me quedaba de mañana, y entre eso y preparar la comida se me hizo un poco tarde, motivo que originó mi llegada al hospital con un cuarto de hora de retraso, al estilo de Cristóbal.

La jornada estaba siendo rutinaria, una más entre tantas rodeada de niños que no dejan de sorprenderme cada día con sus disparatadas curiosidades. En casi todos ellos se deja entrever cierta madera de genios, aunque también casi todos se pierden conforme van dejando atrás la infancia, y a la creatividad de los dibujos que me regalan me remito. Sospecho que la educación de las escuelas tiene algo que ver con esta pérdida.

Era a media tarde cuando en un respiro que me dejó la siempre masificada consulta de pediatría, y tras llamar sin éxito al móvil de Carmen para ver que le había dicho

el ginecólogo sobre el estado del embarazo, recordé que en el coche llevaba la llamativa carta que había recibido. Llamativa sobretodo, no sólo por el anacronismo que suponía en la era del correo electrónico y la telefonía móvil, sino por el carácter velado del remitente que se ausentaba en el sobre. Sin demorarme, dejé a medias la prosaica conversación que estaba teniendo con uno de mis compañeros sobre un best seller que ambos andábamos leyendo aquellos días y bajé con curiosidad hasta el aparcamiento del hospital donde mi coche y la carta me esperaban.

Nada más tenerla entre mis manos me llamó la atención que estuviese matasellada en Toledo donde yo vivo, por lo que deduje que el secreto remitente era alguien no muy lejano, al menos geográficamente. Y en cuanto la abrí, antes de leerla, reconocí al autor mientras un escalofrío recorría mi cuerpo, esa letra, notablemente distinta de la del sobre donde podía leerse «María Zornoza» sin sospechas me era familiar. Sin duda era mi exmarido Carlos, un ser tormentoso del que una vez me enamoré y en el que terminé descubriendo a un desalmado, frío en sus actos hasta rozar la crueldad. Por ese ser en el que terminó convirtiéndose decidí dejarle, aunque no parecía haberlo superado. No se tomó nada a bien el que me atreviese a poner fin a nuestro absurdo matrimonio de diálogo fingido y le abandonase, y menos que lo hiciese por una mujer.

Del contenido de la carta sólo puedo decir que era una brutal amenaza dirigida en todas las direcciones posibles, a todos los puntos vitales apuntaba la muerte en esas terribles palabras. Un desesperado odio misógino hacia mí y hacia mi compañera anunciaba una inminente siembra de dolor. Sin consuelo posible y entre lágrimas me vi protagonizando una pesadilla, pasaba a verme en la situación de tantas mujeres que cada día aparecen lamentablemente en televisión como objetos de violencia.

Como alma que lleva el diablo subí las escaleras examinando a cada una de las personas con las que me cruzaba descartando que entre ellas se encontrase el inminente agresor. Con el rostro desencajado y sin parar de llorar ascendía mientras trataba de ponerme en contacto con Carmen, no ya tanto para contarle lo ocurrido, sino para confirmar que se encontraba bien, pero su teléfono continuaba apagado agravando más si cabe el desconsuelo en el que por segundos me introducía.

Al llegar a la consulta mis compañeros no tardaron en arrojarme conscientes de que algo malo me había ocurrido. Trataron de tranquilizarme con el cariño de sus palabras y sus abrazos, pero estaba tan desquiciada que tuvieron que recurrir a la medicación para evitar que me desmayase cuando ya empezaba a delirar de tantos nervios que me envolvían. También fueron ellos los que llamaron a la policía para explicar lo ocurrido. El agente

que atendió la llamada pidió que no se me dejase salir del hospital y que permaneciese protegida hasta que ellos se personaran para examinar la carta, pero ante mi explícita agonía aquella orden perdía fuerza de cara a mis compañeros que sabían lo muy mal que lo estaba pasando, y que sólo podría tranquilizarme viendo a Carmen, por lo que les pedí entre forcejeos que olvidasen la exhortación del policía y me dejaran volver a casa. No fue fácil, pero con la condición de que alguno de mis compañeros me acompañaría pude salir.

Por segundo día consecutivo alteré mi horario y salí del trabajo antes de finalizar mi turno. Cristóbal se prestó a acompañarme, y a pesar de que soy de las que piensa que andar con prisas al volante no es bueno, le animaba continuamente a ir más rápido. Él trataba de calmarme mientras yo sentía realmente el sinvivir de la sospecha durante aquella hora interminable. Escuché o inventé ruido de sirenas a nuestro alrededor que me hacían pensar en lo peor. Ofuscada por la gravedad del momento no podía dejar de preocuparme por mi mujer y por el joven Héctor que estaba por venir.

El sufrimiento que mi familia de gitanos puros me causó al renegar de mí no era nada comparado con el viaje que estaba teniendo. Me veía sola, sin mis seres más cercanos, entrando a formar parte de un mundo de huidas, rota de dolor y miedo, y sobretodo, habiendo perdido los últimos momentos que pasé junto a Carmen en silencio,

como si la vida acostumbrase a dar muchas oportunidades.

Al llegar a casa la policía ya me esperaba en la puerta. No veía ninguna ambulancia en la zona, aunque no era de extrañar ya que los agentes todavía no habían entrado, pero tampoco parecía que nadie hubiese forzado puertas ni ventanas. Sin demorarme pasé escoltada por aquella pareja de hombres con buena planta que en otro momento habrían hecho que me replantease mi orientación sexual. Dentro no había nadie, pero Carmen seguía sin contestar al móvil. Fueron momentos muy angustiosos en los que era imposible dejar de pensar trágicamente, en los que el tiempo se mostraba dilatado hasta casi detenerse. Sólo su voz me tranquilizaría lo suficiente como para sacarme de aquella transitoria locura.

Según me contaron sólo fue unos minutos más tarde, pero en mí pasaron horas hasta que Carmen llegó a la puerta de casa en su coche sana y a salvo. Corrí hacia ella y la abracé como no lo había hecho antes, entre lloros, esta vez de placer. Explicó a los agentes, porque yo no escuchaba nada en aquel momento, que su retraso se debía a que se había demorado el ritmo de las consultas y que ella tenía cita para última hora, a pesar de lo cual el ginecólogo no quería marcharse el fin de semana sin antes reconocerla; la buena noticia, que todo iba muy bien con el pequeño Héctor. Respecto al móvil, solía tenerlo apagado en la clínica. Después de todo por fin

conseguía tranquilizarme un poco a pesar de las amenazas de aquella carta si tras el susto mi mujer estaba bien. Otra vez mi pesimismo me había llevado a añorar tempranamente lo que todavía no había perdido, y que por fortuna no perdí.

Las horas siguientes fueron de una calma tensa que ha nadie recomiendo vivir, y que incluso me hacían desear por momentos no haber nacido. La cruda realidad me decía que era una mujer amenazada de muerte y que la seguridad que me ofrecían los agentes que entonces trabajaban protegiendo el acceso a mi hogar tenía una duración limitada. Ellos no iban a estar siempre ahí, y aunque así fuese, que triste sería tener que vivir con esa necesidad.

A media noche por fin una noticia me confortaba, habían detenido a Carlos en un bar de mi mismo barrio. Según me dijeron no tuvo dudas en reconocerse como el autor de aquellas inminentes amenazas cuando la policía le encontró en medio de una especie de ritual alcohólico preparándose para el horror de la muerte. Ebrio de alcohol y odio, el cobarde lo fue hasta el último momento.

La carta era motivo suficiente para que se celebrase un juicio rápido que al tener antecedentes llevó a Carlos directo a la cárcel. Pero arruinadas estaban mis esperanzas en que aquello sirviese de algo, sólo retardaba el problema, porque el centro penitenciario no serviría para

eliminar su rencor, y si hacía algo sería aflorar su sed de venganza por todo ese tiempo privado de libertad. Eso pensaba mientras estaba cenando con Carmen desoyendo sus palabras, sus planes de viaje para después del parto. Quería que nos fuésemos una temporada del país para olvidar un poco la experiencia radical que acabábamos de vivir, pero mientras me hablaba, y desgraciadamente ocurría a menudo, mi cabeza estaba en otro lugar, en la amenaza latente del fin de la condena.

La calma llegó con un trágico final aunque pueda parecer paradójico. Un mes antes de que naciera Héctor una carta de uno de los trabajadores sociales de la prisión llegaba a mi buzón cuando regresaba de comprar la prensa. Me informaba de que Carlos se había suicidado ahorcándose con una sábana en la barandilla de unas escaleras de la prisión. Sin duda quedé fuertemente impactada tras la noticia y por motivos bien distintos; tanto porque se trataba de la muerte al fin y al cabo de una persona a la que un día quise, como por lo que significaba, mi nacimiento de nuevo a la vida.

Como el condenado a muerte que es exculpado y queda libre me sentí en aquel momento, tenía una segunda oportunidad para vivir en plenitud. A partir de entonces, la única espera que me inquietó fue la del nacimiento de Héctor, pero aquella, un placer biológico, quedaba lejos de ser un sinvivir.



Hoch

J. Moravcs
2

Marisa Morata Hurtado

KOPF HOCH

*No hallarás otra tierra ni otro mar."
La ciudad irá en ti siempre. Volverás"
a las mismas calles. Y en los mismos suburbios llegará tu vejez;"
en la misma casa encanecerás."
Pues la ciudad es siempre la misma. Otra no busques -no la hay-"
ni caminos ni barco para ti."
La vida que aquí perdiste"
la has destruido en toda la tierra.*

Kavafis. La Ciudad (1910). Fragmento.

Querida Ada:

Sé que ahora ya es tarde, no tan tarde, sé que me mirabas con duda y algo desconsolado en tu anatomía desde ese lado del vagón, ese lado que ya no es vagón, que ya no es tren, que no se mueve, aunque te vi alejarte como

si te marcharas para no volver nunca. Luego comprendí la velocidad de la tierra y los raíles. Luego comprendí y era ya otra estación, otra ciudad, y nos bajamos juntos y seguros de que a ese lado no nos esperaba nadie.

La casa está hecha de grados centígrados y hormigón armado. Algo hierve aquí dentro y a ratos nos habitan las pulgas. Él me mira limpiar, vivir, intentarlo, lanzar el colchón al suelo. Compartimos los seis metros cuadrados de una habitación interior que no transpira, por la que no pasa el aire. Creo que habitamos el único rincón sin aire de toda la Tierra.

Perdóname, Ada, que haya tardado tanto, pero no fue fácil al principio escucharme pensar, encontrar el momento, la intimidad de sentarse y escribirte en el cuaderno rojo: Soy feliz, Ada, sólo nos separa un tren dirección norte y soy feliz.

Mi jefe habla todo el día. Tiene un bigote que yo encuentro siempre sucio. Lo imagino lleno de pelusa o alcohol y habla como si lo estuvieran grabando para salir en la tele y nadie le hubiera nunca enseñado a hablar. Mi jefe opina sobre todo y lo expresa con vehemencia y convicción delante del mundo entero. Mi jefe piensa que duraré poco porque me ve las manos torpes y que sonrío tímida y que a veces me encierro a llorar en el baño de personal y noto el mundo con textura de escama y olor a marisco echado a perder.

La casa no tiene los balcones que queríamos. La casa, en realidad, no tiene balcones. La otra inquilina se tumba a dormir en el suelo y tiene un perro que le lame los ojos y las uñas. Ella come cosas de lata y luego deja que el perro se beba el aceite. Hacen ruido los dos y cuando ella está en casa la tele está siempre encendida. Yo me voy a verlo a él a los seis metros cuadrados. La luz que entra es siempre como de cielo con nubes, de patio de luces, de habitación sin aire. Le he comprado unas cintas para estudiar español. A veces llego del bar y está dormido y en el cassette se oye: Hoy vamos a jugar a las cartas. Ahora está lloviendo pero parece que mañana no lloverá. En mi opinión, el fútbol es más divertido que el balonmano. Y pulso la tecla stop sin hacer ruido y me tumbo en el suelo para no multiplicar el calor que imagino en sus venas.

A menudo pienso en ti y en la vida más al sur. Dime, Ada, si ves a mis padres por la calle, si paseas por la facultad, qué ha sido de los poetas, las reuniones de los jueves, el cine en las noches.

En el bar, lo que más triste me pone es el ruido de tele y máquina tragaperras. Cuando se mezclan los dos es lo más triste. Si alguien está jugando y la máquina hace ese ruido de luces y dinero, entonces mi jefe sube el volumen de la tele para oírla mejor y se me hace una bola que duele de la cabeza a la garganta. También me pone triste la grasa en la cocina, el delantal sucio de su

esposa y su tristeza de mujer que ha perdido a una hija. A mí no se me acerca por eso, por sí también yo me muero o me voy, y me deja la comida a las cuatro envuelta en papel de plata y escribe con letra de señora mayor mi nombre en un post-it, todo mayúsculas, y la deja en la barra cuando no queda nadie o casi nadie. Mientras como sólo queda el ruido de tele y la voz de mi jefe hablando con su mujer, bebiendo mucho vino y hablándole mucho de lo que ha oído de la bolsa esta mañana en la radio y de qué cara está la vida y de que este verano me dejarán el bar unos días para escaparse al apartamento de la playa, que ya está bien, Julia, yo creo que ya está bien. Y yo creo que mi jefe no ve de verdad la vida, no ve a su mujer triste ni enlutada, ni escucha la radio ni sabe bien de qué habla cuando habla. Creo que mi jefe no se calla nunca para no oírse pensar. Creo que mi jefe llora a oscuras en el calor de las noches y está deseando que llegue el día para mover su bigote sucio y hacer todo ese ruido con la boca.

Él me espera. Él me espera siempre. Por las mañanas se queda durmiendo, lo miro dormir y siento que me está esperando ya. A veces le beso los dedos o los párpados y me voy con pena de dejarlo solo. Durante todas esas horas me espera, come a solas, o con el perro y la inquilina de la comida de lata. Luego me sigue esperando. Da vueltas por los seis metros cuadrados de la habitación y se pone un cassette y se jura a sí mismo que en dos semanas será capaz de hablar este idioma. Las horas de

calor las pasa bajo una palmera del paseo marítimo, o en una playa de rocas. Se moja el pelo en las fuentes que hay en la calle o se mete a cafeterías con aire acondicionado a pedir nada más que un botellín de agua y trata de reconocer las palabras que encuentra en el periódico. Me espera siempre. Creo que en las noches se aburre menos. Creo que en las noches recuerda el día en que le dije: *Quédate*. Y se alegra de ese día, no sabe por qué pero se alegra. Creo que hay otras noches en que me odia y cuando llego con olor a humo en el pelo finge que duerme y se pasa toda la noche dándome la espalda. Una espalda rígida, intocable, y de nada sirve mi mano en su cintura, ni las caricias en un hombro, y acabo con un cojín sobre el calor de las losetas para dejarle espacio. Hace tiempo, Ada, que no hacemos el amor.

En el bar, cuando estoy comiendo, mi jefe y su mujer duermen un poco la siesta sobre mecedoras en el almacén. Entonces apago la tele y quedamos nada más que el de la máquina tragaperras y yo, o algún viejo de gafas oscuras que me pide un carajillo. Y me relaja la calma de esas horas. Si no hay nadie me salgo a la terraza y entre dos de los edificios, si te fijas bien, se puede ver el mar. Es un trecho milimétrico, un azul insignificante, pero a mí me basta y me ayuda a imaginarlo a él esperando, recorriendo el calor y esperándome. A veces no sé, Ada, a qué estamos esperando.

Espero que me perdone que no haya los balcones pro-

metidos. Espero que me perdone las horas de espera y el calor. Debería escribirte, Ada: Soy feliz. Pero guardas silencio y recuerdo aún la rigidez de tu rostro, la tristeza, y me pregunto si te cruzas con mis padres, mis hermanos, si te preguntan por mí, si ellos te cuentan que a veces les envió una postal y muchos besos aunque nunca dicen nada.

El calor me hace siempre pensar en el fin del mundo. Cuando hace este calor siento que se está acabando todo, que el mundo se funde, desaparece, y que somos él y yo los que hemos condenado al planeta.

A veces no trabajo y no se nos ocurre qué hacer. Nos quedamos todo el día tirados en el suelo y oímos al perro jadeante al otro lado de la puerta e intuyo que esos días se parecen en algo a la felicidad. A veces estamos desnudos, o en ropa interior, y toma mi pie entre sus manos y me pregunta cosas mientras mira al suelo. Nunca nombra los balcones, ni el verano que queríamos, nunca me dice que se quiere ir, que a lo mejor se va.

A veces, Ada, tengo miedo de que no me esté esperando. Él es el único reducto de lo externo. Todo lo demás soy yo. Ni siquiera estas cartas tienen que ver contigo. Estas cartas soy yo, las horas del bar soy yo, el ruido de máquina, las postales que envió y nadie responde soy yo. Si se va él, se me habrá muerto el mundo de fuera. A veces lamento, Ada, que sea tan fácil pronunciar: Quédate.

Que sea tan fácil prometer dejarlo todo. A veces lamento el silencio que guardé al principio, tú, ellos, el olvido. A veces, Ada, pero muy pocas veces.

Mi jefe y Julia se fueron para tres días después de que Julia llorara sin ruido y le explicara a una señora de pelo gris cómo funciona la cocina. Me dejaron la llave como se le deja la llave a una hija muerta, a alguien que les recuerda a la hija muerta. "l vino a ayudarme esa noche. La gente no entendía por qué un extranjero tras la barra, por qué tenía que buscarme cada vez que alguien se dirigía a él y reproducía con su acento y sus dudas lo que señores de pueblo de playa le pedían a gritos. Fui feliz de que estuviera. Lo miraba moverse, recorrer mis espacios, el territorio que siento hace días casi mío y eso me hacía feliz. No eché de menos nada, no me importaba sudar, el olor a pescado, el dolor de pies ni la impaciencia, el egoísmo, las protestas de los que piden - porque aún tengo las manos torpes, Ada, aún mis manos no recuerdan más que pasar hojas de un libro o escribirte una carta semanal que luego te daba en mano en la terraza de un café. Él estaba y no me irritaba la lentitud de mis dedos, la gota que resbala por el cuello de una botella, el tacto de carne cruda entre las uñas.

Cuando todo el mundo se fue limpiamos el bar. Limpiamos como deseando purgar así la huida, las sombras de la casa, redimirnos del daño, del calor. No sé por qué

limpiamos así, pero recuerdo que me dolían los brazos de hacer fuerza contra un suelo de grasa. Recuerdo nítido, agudo ese dolor. No había nada más que el silencio del aire acondicionado, a veces agua que corre, ruido de mí frotando azulejos en la cocina o de él arrodillado acabando con una mancha de azúcar. Estábamos sucios y sudando, aunque el aire, y al mirarlo en silencio pensé que por fin podíamos respirar, que estábamos fuera de la sombra, del calor, de la casa y podíamos respirar. Después de horas de limpieza y productos de olor a química nos volvimos a ver, a oír. Veníamos de estar solos, concentrados, de tratar de salvar el planeta limpiando el suelo de un bar de barrio que apenas existe. Me pareció que por fin el verano había muerto, que en la calle ya no se ahogaban palomas ni los perros dormían en el blanco de los pasos de cebra. Me pareció que había vuelto algo de aire a la vida, que de nuevo podíamos respirar. Y es que podíamos, Ada, te juro que esa noche podíamos. Nos olián a lejía las manos y teníamos sueño o picor de ojos y el sudor se evaporaba al contacto con el aire. Volvíamos a vernos. Nos reconocimos lentamente, como si viniéramos de ser otros. Lo vi como quien encuentra a un conocido en un tren o en lo alto de una montaña inaccesible. Comprendí lo solos que estábamos y en el sentimiento de esa idea lo abracé, contenta del oxígeno, de él, de que existiera y estuviera conmigo. Hicimos el amor, en un colchón sucio que guarda entre bidones de cerveza mi jefe. Volvimos a respirar, Ada, a habitar un reducto de aire.

A veces me parece ver cambiar las sombras de esta casa. Es imposible, Ada, que cambiar las sombras de una casa sin luz, sin aire ni luz. Creo que es nada más la forma que toma el miedo en mí. Creo que lo que ven mis ojos es el temor a que se vaya, las ganas de que se vaya, el miedo de volver, las ganas de volver. Creo que es todo eso creciéndome en las córneas, esa área de mis ojos llenándose de estructuras sin definición ni límites, sin extensión exacta. Creo que me lleno de una cosa que me llora luego en las horas de barra y aseos de personal. Creo que es nada más que eso, porque es imposible que cambien las sombras de una casa sin luz.

A veces, Ada, es difícil vivir en el único rincón sin aire de toda la Tierra. Si lo pienso, creo que antes nos queríamos más. Creo que es difícil querer en la penumbra, en este fuego, en una ciudad que tiene hirviéndole el asfalto. A veces, Ada, me levanto con ganas de acabar con él, de que no exista más y estar bebiendo con vosotros a la salida del cine. Entonces imagino matarlo y me voy al bar tristísima, con la pena de sentir ganas de acabar con el único reducto de lo externo.

Me gustan esos días de estar en el suelo los dos, con mi pie entre sus manos, con él tocándome la pierna, llevar al extremo el calor, respirarle calor en el calor del cuello, sentirnos sudar sin hacer nada. Esos días vuelvo a creer en algo y apenas echo de menos las tardes de facultad, lo conocido hasta ahora, el tiempo libre y la libertad de

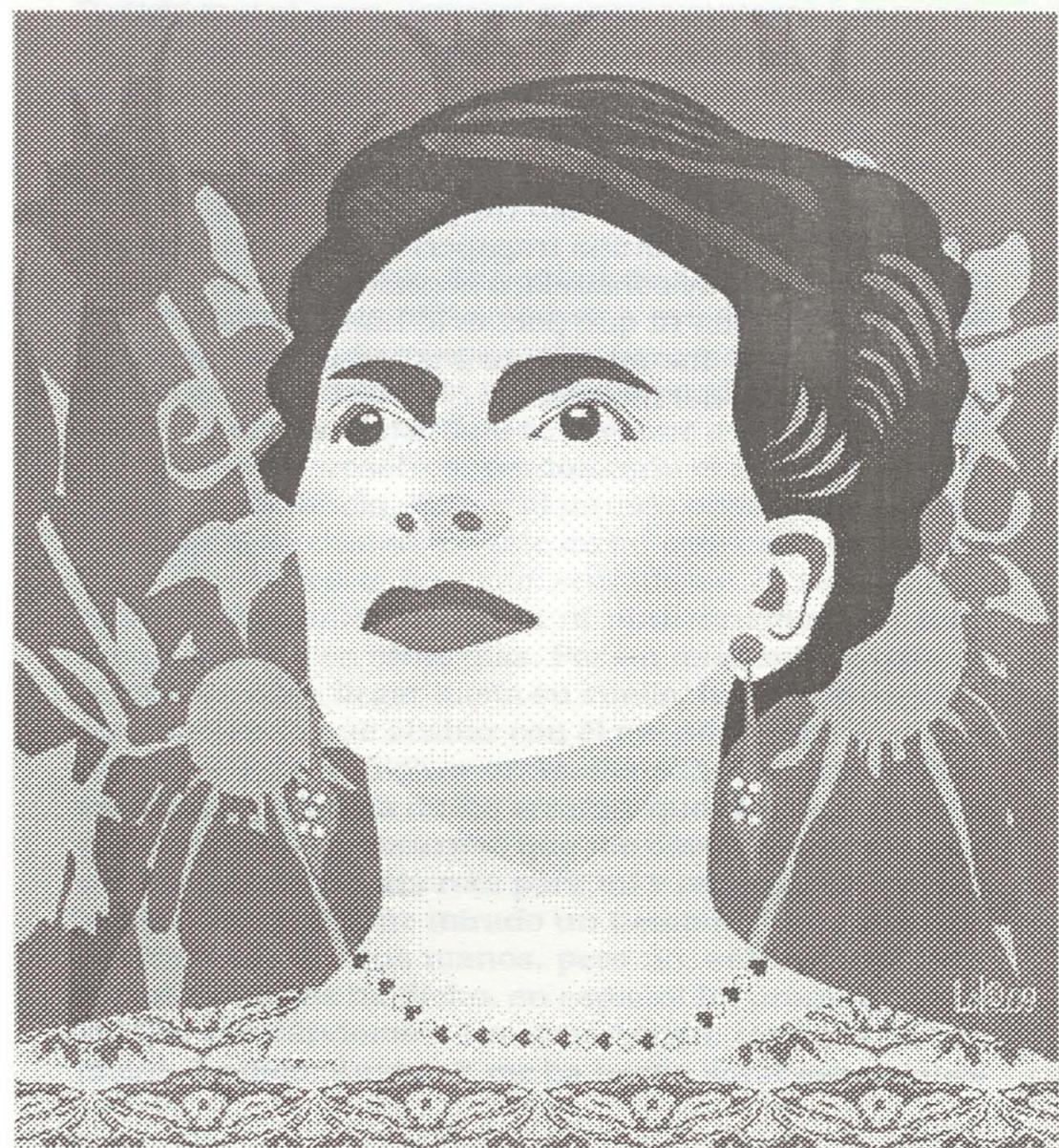
mis manos. Ahora están condenadas al peso de una bandeja, a la torpeza que tuvieron siempre, a que hasta ahora las enseñé nada más que a pasar páginas, a arreglarme el desorden del pelo, a tocarlo a él con la certeza de que algún día, muy cercano, ya no iba a estar. Ahora está aquí, ahora yo le he dicho: *Quédate*. Y debería escribirte con convicción, Ada: *Qué feliz soy*.

Hoy, Ada, ha sido uno de esos días de querer dejarlo todo cuando ya lo has dejado todo. Y no saber ya de dónde se viene, dónde está lo que se quedó. Me pregunto, Ada, por qué es que tú también guardas silencio y recibes mis cartas en silencio y no sabes cuánto las beso y todo lo que les ruego antes de meterlas en un sobre. Hoy, Ada, me levanté con poca fuerza, cansada de no escucharme pensar, de no tener la calma, de no tener ya horas, de olvidarme de los libros y la vida de antes. Hoy sentía que mi jefe hablaba con faltas de ortografía, o hiriendo las verdades del mundo, la belleza. El ruido de tele me hacía daño, tenía ganas de matar o de matarme sin una buena razón. Mis manos más torpes que nunca. Lo he derramado todo, he querido respirar. Entonces he comprendido, he tenido la certeza de que al salir él ya no iba a estar nunca. De que habría cogido un tren de vuelta, o un avión hasta su norte, hasta su idioma, su casa. No he levantado la vista de los platos. A veces se me caía una lágrima y no sabía qué cosa me hacía llorar así. Había poca gente. Apenas hay gente los martes.

Pedirle que se vaya, irme yo, es como matarse por miedo a morir. Y sin embargo me seduce esa idea, me imagino diciéndole: Me voy. O yéndome simplemente, pero luego viene el abismo, el negro absoluto y sin matices, la imposibilidad de volver. ¿Volver a dónde, Ada? ¿A la ciudad, a ti, a tu silencio?

Hoy, Ada, he querido de verdad dejarlo. Volver a todo, estar un poco más atrás. Volver a ese día del tren y los vagones, borrar de mí ese rostro tuyo que no te pertenece, abrazarte y dejarlo ir, casi con verdadero odio he pensado esa escena dejándolo ir. Y volver a vosotros, dejarme caer sobre vosotros, perdonando el silencio, el desprecio, la distancia. Volver al mundo conocido y culparlo a él de esta ciudad, de este error, este calor de Apocalipsis. Entonces lo he visto sentado en la terraza. Me buscaba paciente, sin prisa ni aburrimiento, sin todo eso que queda en estos días. Por un momento el odio, el verdadero odio, llegar hasta su cuello, hacerlo desaparecer, pensando que acabar con él me devolvería al punto en el que estaba. Volver atrás. Pensando que sacrificar mi alma me libraría de los errores, que el mundo podría ya verme pero no tocarme, que me devolvería a mi lugar y la ciudad no estaría rota para mí y para siempre como lo está ahora. Y lo he mirado un tiempo, y he tratado de amar sus ojos o sus manos, pero no, sólo quería el regreso. Entonces ha dicho, en español ha pronunciado a lo lejos y mirándome a los ojos: *Ánimo*. He leído en sus labios, he oído: *Ánimo*. Y me ha hecho llorar esa palabra

en su boca. Lo he imaginado en el puerto, buscando una tienda de libros, buscando en un diccionario: Kopf hoch, esperando la noche para venir a decirme: Ánimo. Y he comprendido entonces el abandono, la levedad del mundo exterior, la nada que me une a vosotros, a ti, a él. He comprendido algo así como un golpe, un grito, un sonido constante de máquina tragaperras. He entendido algo para lo que no hay consuelo, o el consuelo es él, y que no sé cómo se llama ni qué poetas lo han explicado ya. Lo he entendido y me queda para ti, Ada, nada más que todo el silencio del mundo.



Emilio Sales Dasí

Otoño

Hoy me has besado puntual,
antes de levantar tus alas de tulipán amarillo,
con un roce ligero que se ha deshojado
entre la lluvia de otoño
como pétalos transparentes.
Hacía frío, tal vez, un frío lento
indivisible del rubor de la infancia.
Cada objeto, incluso el más trivial,
en su sitio de cómodos letargos
envejecidos por el polvo,
el de los días y el del olvido.
Hacía frío entre la humedad,
bajo las agujas ambulantes, caedizas;
y también el cedro que cobijaba,

allí afuera, nuestras noches
apenas ha bostezado su melancolía.
Me has besado en la partida con la delicia cálida
de dos extraños que se conocen tanto,
sin pronunciar apenas una palabra;
y en esa tierna mansedumbre de las cosas
(del otoño que se agazapa entre las nubes),
al sumergirte en el túnel de las ausencias,
el aroma de tu piel (frágil reverberación
de primaveras silvestres),
se ha diluido
sobre el cristal
en una protesta, bálsamo para el recuerdo
entre el lánguido perfil de las horas .

En el lienzo de la tarde

Es el perfil de la tarde anónima
y pasajera,
de paredes blancas a cielo descubierto;
la tarde serena que se resuelve
entre mudos diálogos
de rosas, jazmines y azaleas,
mientras intento apresar
recuerdos fugaces
que levantan el vuelo

en las alas de los jilgueros.
Es el perfil de la tarde,
y la memoria se torna fértil
e inquietante:
paseo por calles familiares,
flanqueadas por casas
 huérfanas de vida,
oigo voces que son sombras,
palabras cargadas de malicia.
Las perdono, porque los niños juegan
al mismo ritual de los años.
Flanqueo los últimos patios
con sus cornisas desgastadas.
Allí afianzan los naranjos sus raíces.
Es el límite de la tela,
de una tarde como tantas
que me pesa demasiado,
sumida bajo una capa de colores
que se reflejan a cielo descubierto.

Poema doméstico

En un día de tantos,
del mes quinto, del año cinco mil de la era oficial,
te escribo,
querida amiga,
coronado de rosas abiertas,

mientras mi bisiesta cronología
cabalga a lomos de un destino incierto.

Podría contarte sobre las horas oscuras,
sobre los versos que nunca escribí,
sobre el deseo mordaz guardado bajo secreto de confesión.
Sin embargo, me basta con sentirme tuyo
en el plácido cobijo del abrazo mudo,
más allá de los espasmos ansiosos, exultantes, de los
cuerpos.

Piel contra piel, en ese lecho
que cada noche se transforma en un mar sereno
donde la luna se agosta mansa, apacible.
Miembros contra miembros, los tuyos y los míos,
que a fuerza de la costumbre
se adivinan bajo las sábanas
y trazan una geografía a la que, no se te olvide, debere-
[mos bautizar.

El sueño se desliza entre la tinta
de ese libro que volveré a cerrar
con un pliegue en la última página,
por si acaso, para no atentar contra la rutina diaria,
insistente y monótona como el traqueteo del reloj.
Un desfile de aromas domésticos me guía hasta tu lado.
Entonces,
en un día de tantos,
qué importa cuándo,
abro mi puerta y te descubro
coronada de rosas que me sacian con su néctar indefinible.

De bares y amigos

Después de tanto tiempo,
compartimos mesa otra vez.
Estamos juntos y eso es suficiente.
Entre risas y músicas olvidadas
advertimos las huellas de la noche
en unas miradas, quizás, más lánguidas.

Hablamos y hablamos,
hasta que un asomo de filosofía
fluye por tus labios encanecidos:
«las palabras ya no sirven», alegas lacónico.
Y sin darte cuenta, has pulsado
los acordes de la poesía.
Así, sin darte cuenta, me transmites
una profunda inquietud.
También las palabras envejecen,
como nosotros,
y para colmo de los males
sólo representan un disfraz.

Después de tanto tiempo,
terminamos perdidos en nuestra obtusa
memoria literaria, como siempre.
Pero la absoluta verdad
abre un abismo donde suenan huecas
las metáforas, los himnos y las promesas.
Ya ves, de pronto, hasta las palabras
esconden una imagen fabulada,

aunque a nosotros nos apasione
su enigmático color
y las acojamos con suma reverencia.

Salimos a la calle.

La noche sale al encuentro efímero
de los rostros bautizados por el rocío.

Las copas han quedado vacías
y las palabras juegan en el recuerdo
con su mezquina falsedad.

Con ellas construimos nuestro mundo,
irisado de ilusiones, de bosques edénicos
e historias inventadas. Pero,

ahora,

reconocemos que nada de eso existe.

Podríamos emborracharnos de tristeza,
denunciar a los mitos y a los lingüistas.

Incluso, condenar a los poetas románticos,
sociales, de la experiencia, ...

Sin embargo, optamos por estrechar
nuestras manos en un pacto tácito de despedida.

El vino, como buen compañero de la mesa,
ha obrado un portentoso milagro.

En su cálida dulzura de amalgama de sabores
nos compromete con la vida

que alienta más allá de las palabras,

a pesar de que el momento sea fugaz y etéreo.

Porque el instante es nuestro,

y la noche se alarga simple,

temporal o eterna en su magia esencial.

La luz

Todas las cosas tienen su cronología,
es cierto.

Pero si me das a elegir,
te pediría que mantengas abiertas
para siempre mis pupilas.

¡Bendita la luz de la madrugada
y aquella que me confirma como uno más!

Tardé en descubrirla.

Nadie me dijo que fuera fácil esta búsqueda.
Tuve que retraerme tras frágiles inventarios
de términos asfixiados por su honda carga semántica,
tras los pronósticos de un etéreo después,
pensándome, lanzándome a las más altas cumbres.

La divagación intelectual también resulta,
en ocasiones,

realmente fastidiosa.

Como navegar a tientas entre los bordes
del camino y rematar el viaje sin moverse de la orilla.

He tardado mucho en comprenderlo,
te lo aseguro.

Ella, la tuya, la mía, la del mundo,
acudía al doblegar la jornada
tan infalible como pueden aceptar las estaciones.

Y al fin la hallé,
para no querer renunciar a su esencia suprema,
la que le otorga al universo sus dimensiones exactas

y me ilustra que soy y que no debo pensarme.

¡Bendita luz del día!

que me confirma entre la tersura de los cuerpos,
entre los gestos más nimios cargados de presente
y la serenidad vegetal.

¡Bendita también la luz de la tarde!

cuando recorro los campos, empapado en su verdor.

¡Bendita incluso la luz de la noche!

cuando las estrellas trenzan un itinerario
que me conduce hasta ti y me proyecta en tus labios.

No cierres nunca mis pupilas.

Ya no me reconocería vivo, sucedido, sin la luz
que difumina, irisa, tornasola, limita
las imágenes más cotidianas en su pura existencia.

Paco Morata

tú no puedes pedirme que me deje la piel en el intento
mi piel de agua salada
rescatada del mar por la cruz roja
invulnerable piel de agua quemada donde trazo
un detallado mapa con el rastro de todas mis desdichas
el rastro de mis pasos que se alarga más allá del océano
al remoto país de la sabana las dunas o los bosques
desmesurado espacio sin esquinas donde burlar la muerte

tú no puedes pedirme que renuncie
al tocado que adorna mi cabeza
al fervor de mis padres la memoria
el salmo que musito cuando imploro al dios que me
[consuela
el paisaje que añoro detrás de los bidones los tejados
de chapa el adobe
el solar del que huyen caminando en penumbra clan-
[destina
las sombras que aún conservan la fuerza suficiente para
[andar

tú no tienes derecho a secuestrarme
la dignidad pedazos de mi alma
el tiempo que me queda para vivir por ellos
los amores que anhelan la llamada
para abrazar mi cuerpo

no he venido a pedirte una limosna sólo quiero
trabajar con mis manos
mezclarme con vosotros confundirme
como una abeja obrera en medio de las otras
abejas obreras que se dejan sangrar sudar llorar des-
[consoladas

a cambio de un salario
las mismas manos sucias de la obra
el mismo traqueteo adormilado del tren por la mañana
el paso rutinario de los hombres que van a sus
[quehaceres

uno más un paisano
con los mismos derechos
con las mismas miserias

Joaquín Copeiro

Demasiado frío

Hacía frío, sí, demasiado, y todo presagiaba que la nieve terminaría cayendo, una nieve que debería limpiar los campos y las trincheras, cubrir los tanques y los cazas, congelar las heridas y sepultar a los muertos.

Se ajustó el correaje, agarró el fusil y entró en la formación. Mientras el cabo voceaba las órdenes pertinentes para conducir el pelotón hacia el polvorín, sintió que, en cierta medida, le atraía aquella guardia, aislado del campamento, tabaco y alcohol a discreción, sin temor a los oficiales, sin banderas ni oraciones, ni rancho, ni lúgubre cantina de luz amarillenta, ejército de Pancho Villa, mi cabo y nada más, nada de a la orden de usted, mi capitán, a la orden de usted, mi coronel, a la orden de usted, mi comandante, a la orden..., mi cabo y

nada más, y unos bocadillos compartidos, navajas y el aporte voluntario de galletas o almendras, bombones o anacardos, coñac o güisqui.

Hacía frío, sí, demasiado, y, sin embargo, su rostro agradecía complacido la helada caricia del aire, que despertaba su discernimiento, su lucidez para afrontar la azarosa e imprevisible duración de la vida, una bala, una mina, un cañonazo, un infarto.

Cuando el toque de diana lo lanzó del catre como a un destino incierto y definitivo, tomó la decisión de aceptar por un día la soledad al aire libre y entregarse al recuerdo de cuantos quedaron atrás, la de romper el silencio con silencio y leer el lenguaje de las nubes, el que hablaba de seres imaginarios y pasiones infinitas, el del humo furtivo que desde la chimenea se eleva en busca de su evanescente destino, y a hacer puñetas la guerra.

Hacía frío, sí, demasiado, y los nueve pares de botas percutían con rítmica tristeza sobre la superficie escarchada, me quiere, no me quiere, me largo, no me largo, disparo, no disparo, matar, sucumbir, vivir, morir.

En la distancia, las casonas blancas del polvorín se recortaban iluminadas por el gris de la tormenta. Desde su posición, las viejas construcciones se le antojaban seres demacrados, de caras yertas, imágenes especulares de los nueve soldados que marchaban a ocuparlas, dispuestos quizá a buscar entre ellas una razón para seguir viviendo otras veinticuatro horas, o tal vez un lugar donde dar con los huesos hasta el final de los

tiempos y de las resurrecciones improbables.

Hacía frío, sí, demasiado, y las nueve bufandas caquis cobijaron los rostros de los hombres, atrincheros ahora tras el trapo, embozados por la fiebre de la incertidumbre, de las madres olvidadas durante tanto tiempo, del billete de ida y sin vuelta hacia la muerte.

Llegaron al cuerpo de guardia, distribuyeron los puestos, partió el primer relevo y los demás, tras la despedida del pelotón recién sustituido, se acomodaron como pudieron esperando pacientemente su turno. El fuego comenzó a chisporrotear avivado por la experta mano de un veterano, pues no se está tan mal, como que yo me quedaba aquí para siempre, ¿y cuánto es siempre?, ¡qué sabemos!, ¡una calada, un día, un mes, un año, una vida, el sueño de una muerte!, y el humo de los cigarrillos fue ocupando poco a poco la pequeña habitación.

Hacía frío, sí, demasiado, un frío horrible; tanto frío, que, durante las dos primeras horas de puesto, se sintió incapaz de dar un solo paso mientras descifraba los mensajes de un cielo color plomo, como de calvario, agrietado por las fallas de los grises, abandonado por las aves y los aviones, estremecido por la tormenta que se avecinaba, presagio de la muerte.

Cuando, tras su relevo, regresó al lado del fuego y del tabaco, tuvo la seguridad de que su aterida cara había cobrado la textura de la cera o de un maniquí desnudo, y de que únicamente el leve movimiento de sus pestañas y el vacilar espeso de su aliento indicaban que aún su sangre circulaba. Sus compañeros dormitaban

junto al fuego y él se tumbó sobre el jergón que quedaba libre. De una botella de coñac de garrafa que había en el suelo de tierra, bebió un trago al gollete que lo reconfortó; luego removió el fuego y se cubrió con la manta. Enseguida cerró los ojos y se sumergió en una niebla que ellos atravesaban silenciosos, pero cargados de fragancias. Un viento cálido comenzó a deshacer la bruma y, bajo el son de un violonchelo, extendieron hacia él sus manos. Abrió las suyas. Tocó sus dedos. Ya no hacía frío. La luz era la aurora, sus blancos y violetas, el arrebol. Se lamentaba el violonchelo. Hinchidos de ansiedad, buscaban impotentes el abrazo. De nuevo la niebla, y el viento helado cortando las miradas. Así una y otra vez, como una noria, como un tornillo sin fin, como el infinito. Y el llanto sobrevino inevitable y libre como un dolor. La niebla se espesó y ya no se distinguían los dedos en sus dedos, ni sus siluetas. Miró al suboficial con los ojos humedecidos, te toca de nuevo. Atizó el fuego y salió.

Hacia frío, sí, demasiado.

Arrecido, ocupó su puesto. Y no dejó de danzar sobre sus propios pies, hasta que, tras las últimas lomas, algunos fognazos quebraron el paisaje, que se iba blanqueando, uno, dos, tres..., veintiséis, veintisiete, veintiocho, veintinueve, treinta, por trescientos treinta y tantos, nueve mil y pico, a menos de diez kilómetros, pero, bueno, y si vienen, ¿qué vamos a hacer los nueve?, echemos un cigarro, que aquí no te ve nadie. Fumó tres pitillos seguidos, encendido cada uno con la lumbre

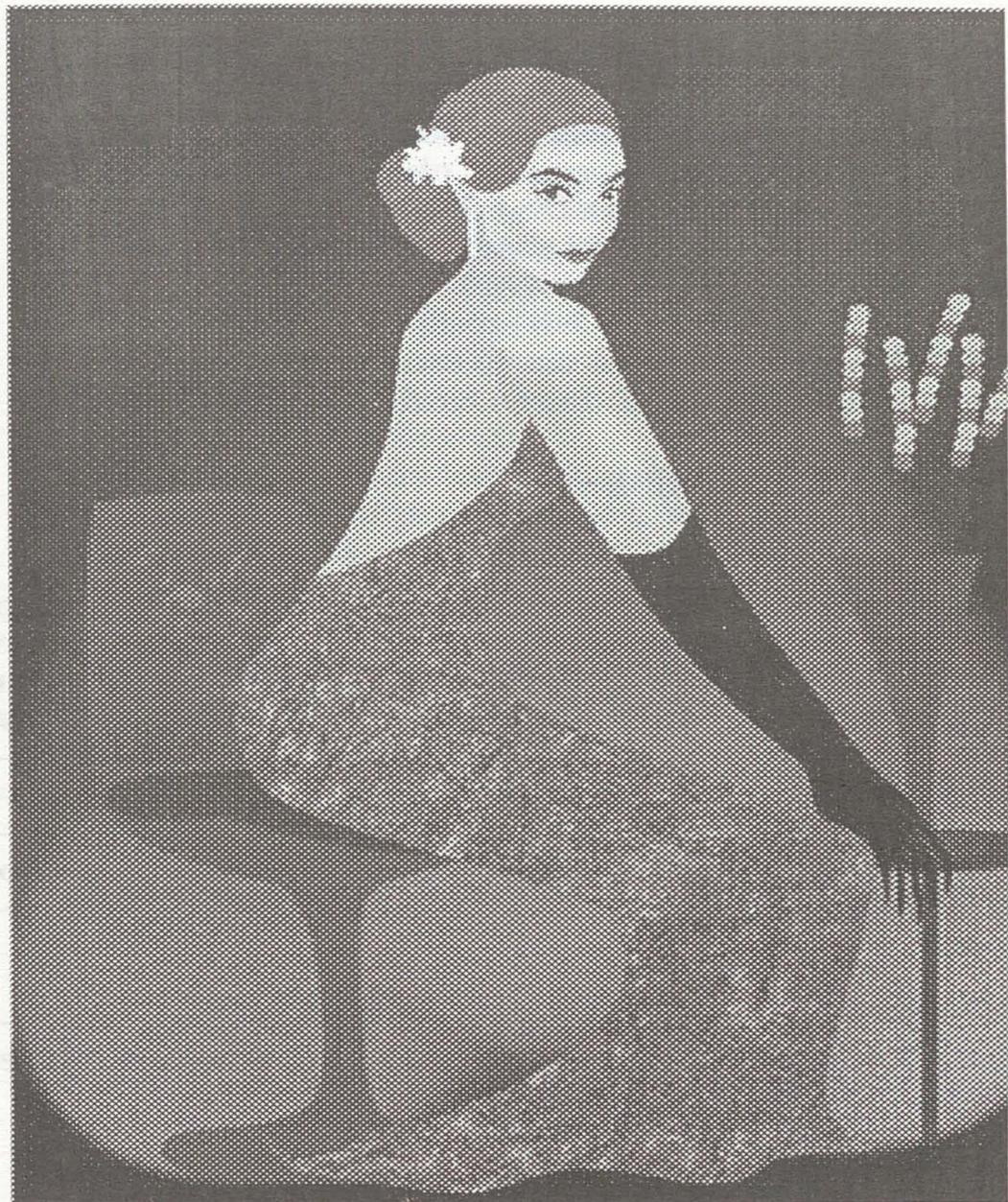
delanterior, en la creencia de que así calentaría sus manos y su alma, ahí llega este, tranquilo, andan muy lejos.

Hacía frío, sí, demasiado, y la nieve arreciaba.

El campo brillaba de tan blanco, pero ya no era posible divisar más allá de los cien o doscientos metros. Caía la noche con la nieve. Muy cerca de la casona, se volvió para observar cómo los copos cubrían enseguida sus huellas. Del cobertizo vecino cogió un haz de leña y cargó con él. Los compañeros estaban despiertos. "¡, sonriente, soltó a un lado la leña y repartió tabaco, al tiempo que tomaba la botella que le ofrecían. Bebió y se sentó junto al fuego, Hamphrey Bogart él en el filo de la navaja, o acaso John Wayne, o puede que William Holden o Robert Mitchum. Fumaron, ¿buena guardia?, buena, ¿y esos cañonazos?, ¡bah, muy lejos! y, además, con la nevada y la oscuridad, no creo que... Alguien hizo funcionar un transistor y todos aguzaron el oído, *Jingle Bells*, *Jingle Bells*, Diana Krall, su voz hermosa, la suavidad con que *escalaba*, ¡curioso el neologismo!, en el teclado sus armónicas variaciones sobre el tema, su cabellera rubia, el DVD de su *Live in Paris*, la simpatía con el público, su bello y sentido homenaje a Nat King Cole.

Hacía frío, demasiado frío; pero el fogonazo de un más allá se coló, de improviso, por los cristales de la ventana, uno, dos, tres, cuatro, cin...: una imponente deflagración indicaba que el polvorín había saltado por los... Cristales, gritos de espanto, dolor agudo en los oídos, silencio absoluto, astillas del marco, cascotes, ca-

denas con medallas, dolor agudo en las piernas, rostros desencajados, dolor agudo en el vientre, llaves, fusiles, pies descuajados con las botas puestas, dolor agudo en los hombros, trozos de sillas, pulseras, vigas dobladas, dolor agudo en las manos, sangre en los dedos, sangre en la boca, dolor agudo en el cuello, navajas a medio abrir, o a medio cerrar, jirones de tela caqui, fotos de chicas, dolor agudo en los testículos, correaes rotos, ojos reventados, dolor agudo en el pecho, relojes de pulsera, cascos abollados, brazos arrancados, dolor agudo en la frente, fotos de señoras mayores, madres sin duda, borbotones de sangre, dolor agudo en los ojos, oscuridad total, calor, escasez de aire, golpes, pinchazos, cortes, dolor agudo en la nuca, quebradura de la nuca, están muy lejos, con la nieve y la oscur...



Jesús Morata

El amante invisible

Lo presintió en una sonrisa inesperada y amplia, como de luna llena; en una profundidad de respiraciones que arrasaba angustias y esperas. Lo presintió en un verla moverse por la casa con un trotecillo de gacela alegre y en un nuevo furor amante de amaneceres rotos. No necesitó cartas furtivas, ni rastros de ceniza o cabellos descuidados sobre la alfombra. No precisó sabuesos de hielo y sombra que ratificaran lo que consideraba un hecho evidente y probado. Se convenció de que María lo engañaba.

Fue difícil aceptarlo después de casi veinte años de convivir sin pasión ni fatiga, de pausados bostezos, entre perfumes baratos y halitosis.

Trataba de convencerse a sí mismo de que aquello era una invención de su mente pero, fue en vano, porque notó que alrededor se desintegraba el tiempo como si el ayer no hubiera existido. Las pequeñas cosas que hasta entonces llenaron su pobre existencia se fueron desgranando en avatares absurdos e irrisorios. Su vida se convirtió en la obsesión del tiovivo que gira sobre una idea única y palmaria. Los libros del atardecer habían perdido el brillo y la esperanza de ser leídos. Se amontonaban como sacos de letras huecas sobre un rincón de la sala.

Era Enero, y poco más, cuando sintió el puyazo del engaño clavarse en su pecho como una espada flamígera que le abrasaba los sentidos. Y la obsesión lo llevó a la locura, a una guerra consigo mismo que lo dejó hastiado, sin voluntad ni deseo. Y la costumbre se hizo amiga del silencio. Horas intermitentes dedicadas a observar el tiempo sin que entre una y otra hubiera nada más que vacío.

Lo más insoportable de aquella situación era contemplar a María tan feliz a su lado, imaginándola satisfecha de su amante invisible y disimulando con pericia los rasgos del engaño.

Fue una mañana de Enero, y poco más, cuando salió de casa, atravesando la puerta con un aire de desdicha en el rostro y la intención de perderse para siempre en la maraña de una nueva vida, desconocida e incierta. Pudo

haber elegido la salida fácil del suicidio, o la más violenta del asesinato pasional, pero optó por la huida en aquel tren de la mañana que llevaba como destino un olvido improbable.

Luego, en aquel lugar ignoto y lejano, apartado de María, ensayó renaceres vanos mientras quemaba las fotografías del pasado, rito obligado para la imprescindible catarsis. Se disfrazó de joven, tintando canas y probando muecas como sonrisas, frente al espejo. Y cayó, una y otra vez, rendido en batallas perdidas con amantes de saldo, entre luces rosas y humos azules de tabaco caro; saboreando líquidos de colores y fluidos agridulces en cuerpos nuevos. Conoció a muchas mujeres en aquellos días de fuegos vanos, pero no pudo encontrar a María.

Derrotado por el sexo, los sueños incubaron pesadillas de muerte y olvido. Soñaba la muerte de María y despertaba sacudido con el furor de un perro ciego que camina desvalido y hambriento. Y un día de otoño, abandonó el cobijo de la oscura pensión para refugiarse en la jungla de la calle, en la humedad de los bancos sucios, en la soledad de los parques abandonados a las sombras de la noche. Conoció palacios de cartón y ruina. Frecuentó las esquinas de la miseria y compartió penas y jeringuillas con hombres de aura negra, con mujeres desdentadas, precozmente ancianas, que morían en silencio sobre el césped helado, sembrado de arrepentimientos y tristeza.

Fue Diciembre, y poco más, cuando volvió a María. Tanto había cambiado que ella no lo reconoció. María, en brazos del amante invisible. María, cada vez más feliz y furtiva. María y los fantasmas resucitados del despecho. María, esposa y amor imposible.

Apareció inerte una tarde cualquiera de domingo, bajo la tenue luz de una farola. No encontraron causas que justificaran la muerte en la autopsia de aquel náufrago indocumentado que durante semanas vivió al acecho, merodeando el perdón que no llegó. No encontraron tampoco las causas del abandono y la demencia. Solamente, el forense pudo certificar un espeso líquido, verde y amargo, una sustancia extraña que tenía el sabor y el color de los celos.

Gonzalo Vaquero Suela

Fe

Yo lo vi. Con ojos aún risueños de catorce años, curtidos por el trabajo en el campo casi siempre entre cereales azarosos, una mala mañana de finales de enero de 1809, al fin lo vi. Y también, entre muchos otros, lo vio D. Carlos; pero no ese tal llamado así nuestro rey, expatriado el desdichado por gracia de la soberbia napoleónica medio año antes a tierras galas. No, menciono a ese. El D. Carlos de quien hablo era clérigo (aunque tampoco se encargaba de mantener regia la disciplina cristiana en la villa, ese menester lo acarreaba D. Narciso), sino uno llegado desde la capital lacerada apenas hacía un puñado de días. El hombre llegó altivo, orgulloso de sus hábitos, consciente de la potestad inconsciente que el alzacuello confería a su caminar desafiante. Decía haberse venido con la intención de enaltecer los espíritus decaídos y atemorizados de las gentes de Lagartera, incluso la de

nuestro pobre D. Narciso que por aquellos días se hallaba un tanto enojado con su patrón, quise creer que por la incomprensible permisión que este parecía conceder a las milicias herejes en tierras de España. Se había convertido de esta manera D. Carlos en el redentor de nuestra fe, en guardián de almas, en definitiva, en el salvador de los creyentes lagarteranos. O así al menos lo vi llegar yo, tal héroe con sotana como armadura y con una lengua procaz por espada.

Aún hoy recuerdo bien aquel atardecer dos días antes de aquella fatídica mañana a finales de enero, después de haber saciado mi hambre después de una dura jornada de trabajo con un carnosos pimiento en vinagre y un trozo de pan de lo que se dice no precisamente tierno, cuando acudí comido por el ansia a la casa de Dios para escuchar las anunciadas palabras de D. Carlos, el cura de Madrís, como ya se le apodaba en el pueblo. Y la muchedumbre acudió en masa, atestando la casa de Dios de fieles, aquellos ojos desorbitados tan abiertos como platos de ricos, como si las palabras que allí pudieran escuchar fueran a ser emitidas por el propio Jesús de nuevo hecho hombre. Veo todavía con infinita nitidez esos rostros duros y cuarteados por el sol iluminados de renovada esperanza; esas delicadas lágrimas que escapaban tímidas por la comisura de los ojos y se deslizaban en triunfal silencio hasta el acantilado del mentón; esos labios tensos esperando unas palabras de aliento... Me sobrecogió, es cierto.

Y llegado el momento, después de unas presenta-

ciones ociosas que casi nadie escuchó con atención, el cura entró a pecho descubierto al fiero astado. Exhortó D. Carlos a la población a la resistencia numantina, a plantar cara con denuedo a los malditos franceses con todo aquello que Dios pusiera en nuestra mano. Nos relató mil y una iniquidades con tal lujo de detalles que a alguna sensiblera le dieron arcadas y a muchas otras asaltó un llanto desconsolado. Lagartera era, nos contó cuando tenía la batalla moral completamente ganada y a los lagarteranos entregados, la localidad española con el registro escrito de nacimiento más antiguo de toda España (hoy he podido averiguar que exageró un poco, aunque bien es cierto que no demasiado, tan solo un par de peldaños), y que si esos viles demonios asomaban las sucias bocas de sus arcabuces en la villa, nada quedaría de todo aquel valioso legado. Ni enterrar a nuestros difuntos en camposanto nos sería permitido. Así ocurría ya de manera inexorable en media nación.

Se le escurrió así la tarde a D. Carlos entre varias e incendiarias bravatas de semejante índole, mientras nuestro querido D. Nicolás le miraba desde su escaño con los ojos turbios de pesar. Era, quizás, el único a quien el poder explícito de la palabra no había seducido. No era, tal vez, tan optimista. No lo sé con seguridad, pero lo que sí es cierto es que D. Nicolás, por hache o por be, no compartía la euforia de sus fieles. En cambio, D. Carlos, ¡qué gran hombre!, pensaba yo entonces. Valiente como el mismísimo Cid Campeador, ¡y era clérigo! Sí, era un hombre de Dios con las gallas de un vetera-

no soldado de armas. Tal vez fue esa atípica mezclanza entre héroe y... cura lo que me entusiasmó del mismo modo que hizo con todos los parroquianos congregados en la iglesia.

Cuando no sé cuánto tiempo después abandoné el lugar, la única idea con cierta consistencia que merodeaba mi mente era la de que Lagartera sería el último reducto contra el que chocarían las milicias francesas. Sea, habían tomado media España, incluso ese tal José Bonaparte ejercía ya funciones monacales en Madrid, pero de Lagartera no podrían pasar ni aunque llegaran todos los ejércitos aliados del mundo. No, señor. D. Carlos era un hombre valiente e inteligente, un santo, y tras su sombra llevaría en volandas a la villa de Lagartera a una victoria inevitable.

Sí, señores y señoras mías, les pido por favor que no rían, y que trate su comprensión de respetar aquella mi persona muy manejable debido al miedo y a la juventud. Pero he de admitir para mi escarnio que tales eran mis pensamientos en aquella fría noche de enero al abandonar la parroquia. Y les juro por lo más sagrado que estaba tan convencido de ello, que si en ese momento se me enfrenta un soldado galo en mitad de la noche, habría sido pero que muy capaz de partirme el espinazo con mis propias manos. Sea dicho. Pero les ruego que no me culpen sin más pues, como ya les digo de manera tan redundante, aunque mi cuerpo era ya el de un hombre sano y robusto, mis catorce años no daban para más alcances. La flama verbal de D. Carlos había enaltecido

mi espíritu hasta cotas donde la razón prohíbe el trasiego, y por todos ustedes es sabido que ese camino es solo para que lo corran los tontos. Y yo, y todos los lagarteranos que habitábamos la villa en aquel año de 1809, no teníamos ni un solo pelo de tontos. Solo estábamos asustados, y esa es una falta que, al menos Dios, no tendrá registrada en el parte de San Pedro.

Pues bien, amigos, ese era el panorama en aquellos días, antesala definitiva del horror más inminente. Lagartera era como los rescoldos de una lumbre a los que se atiza con un pedazo de papel, que despierta una llama rápida y voraz pero que antes de que te des cuenta se ha fundido en una diáfana nube de humo. En fin, Dios es todo bondad, que dudo mucho nos hiciera a su imagen y semejanza, pues es bastante evidente que nos creó como seres imperfectos, y solo él sabrá realmente hoy por qué nos tendió aquella emboscada.

Tal mañana, cuando los gallos más osados se desgañitaban desde algún que otro gallinero, me puse en pie como uno de los hombres más animados y valientes que pisar la tierra pudieran. Nada que ver, desde luego, con el muchacho magullado y aterido de frío que esa noche mal dormiría entre la paja podrida de un establo abandonado camino de Torrico. Terminé de ajustarme las calzas cuan rápido pude, saqué un cubo de agua helada del pozo que había en un rincón del corral y me lavé la cara. Bebí un trago y salí a la carrera de casa, sin dar cuenta ni memoria a mis padres de que el Cid Campeador entraba y salía de casa cuando menester tenía.

Hoy, cada vez que veo a mi pobre madre, viuda desde aquel día, cosiendo con la cara pegada al acerico, recuerdo lo poco en cuenta que tuve su opinión en aquellos postreros días. Pero bueno, el lamento ya en nada socorre a mi conciencia extenuada por los remordimientos.

Bien, como os decía, salí de casa hecho un valiente. Crucé apenas un par de calles camino de la huerta, saludé casi sin darme cuenta al viejo Jeremías (tampoco sé de él desde aquella nefasta jornada), cuando las campanas súbitamente rompieron la magia silenciosa de la alborada con un tañido alocado y estrepitoso. Reconozco que el susto me retiró la leche, me quedé sin una gota de sangre en las venas. Y a partir de entonces toda esa atmósfera patriótica de unión y resistencia que D. Carlos había creado en el pueblo, se rompió de pronto como un cristal tras una inoportuna pedrada.

Antes de que pudiera darme cuenta, la gente corría sin mucho sentido por las calles dando voces como almas en pena. El aturdimiento que me embargó en ese momento me dejó plantado en mitad del camino como un barco a la deriva zarandeado por las olas. Quizás en algún instante de ese cataclismo emocional, escuché en algún lugar la voz aguardentosa de mi padre gritando mi nombre, pero si en verdad lo hice, no tuve entendederas para reaccionar a su llamada. No puedo decirles a ustedes, con la certeza de no caer en embustes, el tiempo que estuve allí parado pero, cuando reaccioné, salí de estampida en busca de D. Carlos, al que

me encontré tras la vuelta de una esquina corriendo también con las manos arremangándose la sotana.

-¡qué desastre, hijo! -vocifera fuera de sí. Tuve que mirarlo con mucha atención para asegurarme de que aquel hombre fuera de su ser era realmente el mismo que esa misma noche pasada había paseado por el pueblo con una arrogancia casi caballeresca. La sotana sí pero, ¿y el resto? ¿Dónde estaba el chocolate dulce y anhelado que rellenaba aquel pastel negro?

-¡qué desastre, hijo! -repitió. Creo que el pobre desgraciado no era capaz de decir nada más. Mi rencor hoy hacia el estamento no me conduce a estas palabras, créanme, pero en ese momento en el que mis primeros ideales se venían abajo como una torre de palillos dentro de un vendaval, lo único que pude pensar es que lo que aquel hombre tenía en ese lugar tan delicado donde muere la espalda olía queapestaba.

Sin decir nada más, me agarró del brazo y emprendimos una frenética carrera. No sé cómo aquella mañana no nos descoyuntamos algún tobillo con las piedras de la calle, solo faltaba, pero así ocurrió. Y no nos detuvimos hasta que no dejamos atrás el molino de Toledillo, ya sofocados ambos como perros apaleados. Entonces nos detuvimos en seco.

Y fue cuando lo vi, y D. Carlos, y toda la villa que llegaba con y tras nosotros.

Sentí que los dedos de D. Carlos se cerraban con fiereza sobre mi brazo, y tuve que dar un brusco tirón para zafarme de su garra. El cura era presa del pánico

más absoluto, más aterrador. No creo que cuando lo vio recordara las prendas que vestía, ni mucho menos que su jefe podía estar escudriñando entre las nubes el posible valor de sus actos. Nada de eso. Y, de verdad, no puedo reprochárselo.

¿Cómo olvidar el brillo plateado y mortecino de las bayonetas despuntando hacia el cielo? ¿De qué manera se puede deshacer uno del recuerdo letal de la oscura mirada de los arcabuces? ¿Cómo no tener siempre en la mente las filas compactas y ordenadas de las huestes francesas tomando sin resistencia todos y cada uno de los pueblos por los que pasaban? Diréis con juicio que es tarea imposible, ¿verdad? Mi experiencia así me lo ha mostrado.

Aun así quise luchar, y a ello insté a D. Carlos cuando me adelanté a las gentes y grité mil y un insultos a las milicias que se acercaban. Cuando recibí un pescozón en el cogote, ya muy molesto con él, pregunté por D. Nicolás, y no obtuve respuesta. Hoy sé que permaneció en su puesto con un par de razones, a pesar de ser el primero en conocer la devastadora llegada de los franceses. Gracias a él aquellos que lleguen detrás de nosotros tendrán documentos fiables de lo que ocurrió con sus antepasados. O al menos eso es lo que espero. Al final, resultaba que el que en un principio pareció más entregado resultaba ser el que más agallas encerraba en su cuerpecillo encorvado.

Entonces D. Carlos volvió a sujetarme por la muñeca, se arremangó la sotana con la mano que le queda-

ba y, volviendo sobre nuestros pasos, emprendimos una huida que no cesaría hasta varios días después.

-¿Por qué corremos, D. Carlos? -pregunté con mi voz aflautada. -¿Acaso estamos huyendo?

Lo que vi entonces en aquel rostro sonrojado y sudoroso, en aquellos pozos insondables en los que se habían convertido sus ojos, fríos como la muerte, me quitó las fuerzas para volver a preguntar nada más mientras estuve a su lado.

Antes de concluir esta penosa historia, les ruego para que desempolven algún rincón de su recuerdo y guarden allí con celo a todos los que en estas tierras perecieron en aquellos días abatidos por la codicia gala. Hicimos lo que pudimos, unos más que otros. Muchos, como ese héroe de Tomás Arroyo, pensaron más tarde que lo mejor que podían hacer con sus vidas era entregárselas a la lucha, y así permanecerían toda la historia en el recuerdo; otros, en cambio, creyeron que sus vidas eran más valiosas perdurando, escondiendo la simiente que más tarde vendría a repoblar otra vez la villa y sus alrededores. Tanto unos como otros, merecen mi más sincero respeto.

-¿Por qué corremos, D. Carlos? -era la pregunta que le había hecho, expresando después mi duda ante una posible evasión.

-La he perdido, hijo -contestó, resollando. -De pronto la he buscado y me he dado cuenta de que donde debiera estar no había nada. Nunca ha habido nada, hijo. No hay fe que resista al miedo...

Juan Carlos Pantoja Rivero

Que aún me quema, Maricruz

Se llamaba Maricruz y la conocí en Sevilla. Parece que la estoy viendo, sentada frente a mí en uno de esos restaurantes que son como barcos varados, a la orilla del Guadalquivir, de la parte de Triana: su mirada sonriente, con un brillo como de cielo estrellado en sus bellos ojos negros; sus labios carnosos, invitando al descontrol; su largo pelo de azabache cayendo sobre los hombros. Yo me había escapado del tedio de mi ciudad y de la monotonía de sus habitantes, y me había refugiado en Sevilla, con el alborear de la primavera, para conocer a fondo esa ciudad de luz especial, de colores y aromas soñados, de resonancias flamencas en el ambiente, con el eco de mil noches matizadas por el rasgueo de las guitarras. Llegaba a Sevilla con su imagen prefabricada en la mente, intuyendo sus calles con flo-

res y sus casas encaladas, desde la Macarena hasta el barrio de Santa Cruz, sus iglesias barrocas habitadas por imágenes veneradas. Tenía grabada en la memoria la fotografía de la Giralda, majestuosa y señorial, con ese aire de minarete musulmán que contrasta con el fervor cristiano de una ciudad a mitad de camino entre la tierra y el cielo, capaz de transportarse hasta el mar a través del fluir mágico de su río, el Guadalquivir que la divide en dos y que, a la vez, la une en un todo, para convertirla en un lugar encantado, siempre con un fondo de guitarras y de voces desgarradas y doloridas, al compás de aquellas.

Mis primeras horas en Sevilla las dediqué a recorrer sus barrios, a adentrarme por el laberinto de Santa Cruz, a extasiarme contemplando la Giralda (¡por fin al natural!), parado frente a ella, desde la salida de una de esas calles que desembocan en la plaza que la contiene, silenciosa y firme, presidiendo desde tanto tiempo atrás el día a día de la ciudad, con sus turistas y sus nativos confundidos en la vorágine diaria. Sevilla se abría ante mí, a la vuelta de un recodo, ofreciéndome intacto todo su esplendor, en el espacio amplio de las dos plazas que separan la catedral y los reales alcázares, con sus caleas detenidas a la espera de viajeros ansiosos de saborear un paseo decimonónico al compás de los cascos de los caballos y su resonar en el pavimento moderno.

La tarde luminosa, con su aroma floral y sus colores intensos, empezaba a declinar cuando decidí entrar en una taberna que parecía esconderse en una calle de

fachadas blancas y de enormes tiestos sobre las aceras. En el interior la luz era escasa, y el humo de los cigarrillos se adensaba, dando una imagen irreal, como si las gentes que hablaban y bebían en las mesas y en la barra fueran imágenes extraídas de un sueño. En algún lugar, alguien tocaba una guitarra triste que subrayaba la ambientación extraña de la escena que tenía ante mis ojos. Tal vez por eso me llamó más la atención la figura borrosa de aquella mujer, difuminada en un rincón de la taberna, sentada ante una mesa pequeña, sola, con la mirada ausente. Decidí colocarme cerca de ella, de manera mecánica, en un hueco de la barra desde el que podía mirarla de vez en cuando, como al azar, en miradas cortas que tanto podían fijarse en ella como en cualquier otro de los clientes del local. Me atraía una aparente desgana lánguida que parecía poseerla y que ilustraba con rigurosa perfección la melodía en forma de lamento de la guitarra que sonaba. Pedí un fino: siempre me ha gustado recrear en mis viajes todo el ambiente del lugar en el que estoy, imitando a los personajes de las novelas o de las películas, mimetizados a menudo con el paisaje en el que los coloca su autor. Además, la situación que estaba viviendo me parecía deliciosamente literaria, novelesca: la bruma artificial creada por el humo de los cigarrillos, la semioscuridad de la taberna, la música de fondo, la chica enigmática y solitaria. Como en una novela o en una película. Me sentía de pronto como un personaje de ficción, sin voluntad propia, expuesto a los deseos del escritor que inventaba mi vida,

al azar del vaivén de sus planteamientos narrativos.

La mujer seguía en su mesa, ajena a mis pensamientos, y ni siquiera me había mirado. Sin embargo, algo me hacía pensar que, por una vez, la vida iba a parecerse a una película, y ella, con su pelo negro y su expresión distante, se iba a acercar a la barra, donde yo estaba, y me iba a hablar, iniciando así una noche fantástica, en el doble sentido de la expresión. Me hablaría y me haría ver que los dos éramos unos solitarios y que Sevilla nos esperaba para hacernos vivir una experiencia única, sin ataduras, movida solamente por el azar y por nuestra soledad compartida, que dejaría de serlo cuando saliéramos juntos de aquella taberna y nos fuéramos a cenar a algún restaurante al lado del Guadalquivir, con el perfil iluminado de Sevilla y de sus torres, en la noche primaveral. No era un sueño lo que crecía en mis pensamientos, era una novela, el guión de una película y, por ello, tan irreal como maravilloso.

-Me llamo Maricruz -dijo a mi lado una voz de caramelo con un marcado acento del sur, sacándome de golpe de mi ensimismamiento y metiéndome, también de golpe, en los dominios imprecisos de lo imposible. Me volví a mirar, con la certeza de que quien me hablaba era ella, la mujer morena y solitaria que ocupaba aquella mesa pequeña. Cuando la vi tan cerca me pareció más irreal que desde la barra, pero también más bonita, con aquellos ojos negros que parecían encerrar toda la oscuridad misteriosa de la noche que empezaba.

-Yo soy Alberto -dije al cabo de unos segundos, al

tiempo que le tendía la mano. Ella rechazó mi gesto (o quizás lo ignoró) y me besó en la mejilla, esparciendo en torno a mí su perfume de flores frescas y haciéndome sentir posible el desarrollo del guión que había imaginado unos momentos antes, mientras la miraba de vez en cuando. Luego posó sus ojos en los míos, con una expresión que lo mismo significaba ternura que lástima, como si mi imagen desazonara su alma.

-Creo que nos necesitamos, Alberto -dijo con su música seseante y de finales de sílaba aspirados-: los dos somos unos solitarios.

No me lo estoy inventando; lo dijo así, con esas mismas palabras, tan parecidas a las que yo había compuesto en mi mente, que resultaba difícil creerlo. La miré con detenimiento, como si quisiera traspasar con mi mirada el enigma que la hacía posible, a mi lado, con sus ojos oscuros llenos de mí. Maricruz, una desconocida sevillana que estaba haciendo realidad una novela pergeñada en unos minutos por mi imaginación, con el deseo inquieto de que se hiciera real y con la seguridad absoluta de que no se haría real. Pero contra todo lo razonable, mi película particular comenzaba a concretarse en imágenes.

-¿Por qué no damos un paseo, Alberto? -preguntó mientras me cogía de una mano y tiraba de mí-. Sevilla nos espera para que nuestra soledad deje de serlo. La noche no puede ser más propicia. ¿No crees que podemos vivir algo inolvidable?

Así, paso a paso, se fue haciendo real mi fantasía

anterior, como si el simple hecho de desear que algo ocurriera facilitara su realización. Lo que me estaba pasando parecía uno de esos cuentos en que uno tiene la posibilidad de pedir tres deseos a un misterioso genio que, obediente, los convierte en realidad, para el disfrute del protagonista y del lector del cuento que, en ese momento preciso de su lectura, llega a pensar que la magia existe y que, en el caso de no existir, su presencia en el cuento que está leyendo parece producir la ilusión de ser posible.

Pasee con Maricruz aquel anochecer, dando consistencia a una ciudad que hasta entonces era para mí un sueño, como ahora parecía serlo ella misma, llevándome de la mano por los lugares que solo eran nombres unas horas antes y que ahora tomaban forma concreta en nuestro paseo: la plaza de España, el parque de María Luisa, la calle Sierpes... Para cuando llegamos a los muros encalados de la Maestranza, Maricruz ya había tomado posesión absoluta de mi voluntad, y yo me limitaba a dejarme llevar de un sitio a otro, asimilando con la mirada cada rincón y cada luz de Sevilla, mientras me sentía el protagonista de una novela en la que todo podía pasar, como estaba pasando entonces que una mujer desconocida me hubiera invitado a vivir con ella una noche extraña, después de adivinar mis más escondidos deseos en la penumbra llena de humo de una taberna del barrio de Santa Cruz. Era como estar en el cine y ver que al protagonista le sonrío la suerte, encuentra a la chica más guapa y ésta, sin pedir nada a cambio, se

entrega a él: así me sentía yo cuando atravesaba el Guadalquivir por el puente de Isabel II, llevando a Maricruz cogida por la cintura, con la Torre del Oro a la izquierda, lejos, y Triana abriéndose ante mí, con el viento perfumado de la primavera haciendo más intenso el momento. Ella casi no hablaba; se limitaba a nombrar los lugares, lacónicamente, como si fueran personas a las que me estuviera presentando: *mira, la Maestranza; aquí, la Torre del Oro; este es el puente de Isabel II, aunque todo el mundo lo llama de Triana...* Siempre con una suave aspiración que subrayaba el seseo sibilante de su voz y que a mí me parecía de una sensualidad irresistible. Yo entonces la miraba con devoción, como si fuera una de las imágenes de la Virgen que tanto se veneran en la ciudad, y me repetía interiormente que todo lo que estaba ocurriendo era verdad, y que podía haber aún más fantasía si yo la deseaba. Sus pocas palabras la hacían más atractiva, más inquietante en su presencia silenciosa, como irreal, y hacían contrastar su esencialidad soñada con la contundencia tangible de su presencia, de su cuerpo real, muy pegado al mío en nuestro pasear enlazados.

Cenamos pescado frito y bebimos manzanilla en uno de los restaurantes que hay junto al río, que reflejaba en sus aguas oscuras las luces de Sevilla mientras Maricruz y yo celebrábamos la ceremonia de las miradas, sin que nada más nos fuera necesario: mirarla a ella era para mí como una vocación recién descubierta, que se hacía más imprescindible conforme iba avanzan-

do la noche, y que se completaba con la reciprocidad de su mirada, una apoteosis de brillos que me enajenaba, con el fondo oloroso de su perfume impreciso, de flores y canela. Mi película avanzaba según lo previsto en el guión, y mi primer día en Sevilla no podía haber sido mejor, ya que todo el aburrimiento que dejé en mi ciudad se había trocado aquí en fantasía, con la inesperada presencia de lo imposible, en un juego de ficciones que hacía de lo cotidiano un motivo literario de primer orden.

Tras la cena recorrimos las calles del centro, entre las sombras de los edificios, y tomamos una copa en un bar nocturno por la zona de la calle Sierpes. Maricruz no hablaba, pero su presencia a mi lado era una promesa de bienes futuros que, aunque no era capaz de precisar, me hacían sentirme feliz, dueño de un destino que creía capaz de administrar, a pesar de que todo lo que en ese momento estaba viviendo era prestado, tal vez postizo; un regalo incomprensible de la casualidad y de la buena suerte. Sin embargo, cuando yo más seguro estaba de que la noche mágica terminaría en mi habitación del hotel, entre caricias y besos, Maricruz me dijo que la acompañara a su casa, que se sentía cansada y que el día había sido muy intenso, que necesitaba dormir. Cuando apenas habíamos andado cinco minutos en la dirección que ella imponía, se detuvo junto a un portal, en una calle por la que no habíamos pasado anteriormente y, tras mirarme con una intensidad casi física, me besó en la boca con desesperación, como si no fueran posibles más besos, como si con el ímpetu de sus labios sen-

suales estuviera conjurando todos los maleficios de todos los tiempos. Su boca cálida, con un sabor a canela que parecía emanar de su perfume, ardía en la mía como un fuego incontrolado, y yo desordenaba su pelo negro con la seguridad de que ese beso sería el prólogo de una noche de amor sin límites. Pero de repente, con la misma improvisación que la había llevado a besarme, Maricruz se separó de mi boca, dejando en ella la huella de sus labios, y me pidió que me marchara, con la promesa de que me llamaría al hotel por la mañana. Después se fue, con paso rápido. Parado en la acera, hipnotizado aún por el beso de aquella mujer enigmática, tuve la intuición de que mi novela había llegado a su fin.

En el hotel la noche fue ingrata, como si la cama estuviera llena de espinas que se me clavaran por el cuerpo en mis continuos movimientos en busca del sueño. No podía quitarme de la cabeza las sensaciones que produjo en mí aquel beso inesperado, ni el recuerdo del cuerpo de Maricruz, de sus formas suaves y redondas pegadas a mí en los segundos eternos que duró esa pasión fugaz que ahora me atormentaba. Tal vez la novela hubiera terminado, pero lo había hecho de una forma que no desmentía su esencialidad de ficción, su tono melancólico de relato con final truncado.

Por la mañana se confirmaron mis temores y no recibí la llamada de Maricruz. Dudé por un momento si la había conocido de verdad o todo había sido un sueño, pero siempre se imponía la contundencia de aquel beso que parecía estar todavía en mis labios. Cuando com-

prendí que no me iba a telefonar, me eché a la calle, a buscar su hueco en los lugares donde estuve con ella la tarde anterior: la novela que fielmente se había desarrollado entonces no era ya más que el recuerdo impreciso de sus personajes y de sus ambientes, y había sido sustituida por un descontrol que no llegaba a concretarse y que parecía un sueño, una fantasía de límites borrosos. Mi recorrido por el paisaje que la pertenecía fue en sentido contrario al que hice con ella, sintiendo la ausencia de su perfume y del movimiento silencioso de su cuerpo: no estaba en el restaurante junto al río ni el bar de copas de la calle Sierpes o de una calle cercana a esta, pero sí se hizo presente su aroma de flores y canela cuando pasé por la calle en la que creía haberla visto por última vez, tras el beso que seguía quemando mis labios. Miré entonces en todas direcciones, con la seguridad de que, de un momento a otro, aparecería Maricruz, con sus ojos negros, con su pelo negro, con el enigma que ella era. Pero no ocurrió así, aunque lo deseé tanto como había deseado que se cumpliera mi guión el día anterior, en aquel bar nebuloso del barrio de Santa Cruz. Sentí entonces la necesidad imperiosa de volver a esa taberna, de indagar entre sus sombras en busca de la imagen deseada, de los ojos brillantes que no podía quitarme de la cabeza. Por el camino me detuve en una perfumería y pasé unos minutos buscando el olor de Maricruz, probando todos los pulverizadores de muestra en unas hojitas de papel secante que recogían los perfumes, olfateándolos con desesperación, descartán-

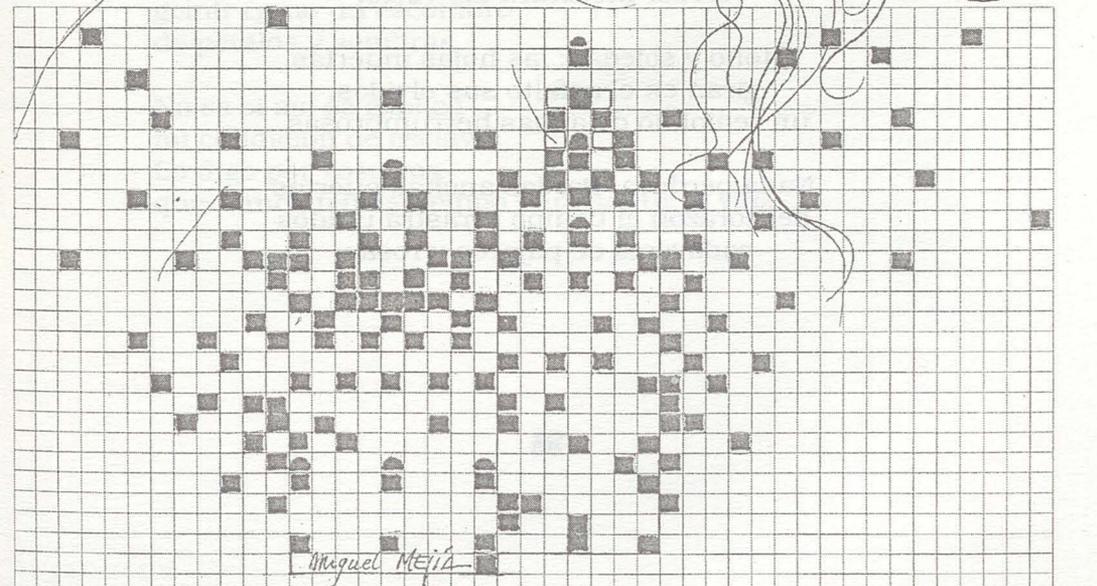
dolos y oliendo luego unos granos de café en unos recipientes que estaban dispuestos en las estanterías de los perfumes, para anular el aroma recién aspirado y poder percibir bien el siguiente. Me sometí a ese ritual de la perfumería de la mano de una amable dependienta que me instruyó en el proceso que debía seguir para encontrar el perfume que buscaba, y mis esfuerzos dieron resultado, pues terminé hallando (o al menos así lo creí) el olor de Maricruz. Compré un frasco y, nada más salir de la perfumería, lo saqué del envoltorio y volví a aspirar su aroma, hasta que se dibujó en mi mente la imagen toda de mi amada perdida y se me hicieron carnales sus labios en los míos, convocados por el perfume mágico que mezclaba la canela con unas flores imposibles de reconocer por mí.

Llegué por fin, guiado por su perfume, a la taberna de la tarde anterior en la que vi por vez primera a Maricruz. Aunque era la hora del aperitivo, el bar mantenía el mismo aspecto nebuloso que me atrajo tanto. No se oía la guitarra solitaria ni estaba ella en la mesa oscura del final de la barra, pero sí había un denso humo de cigarrillos y una penumbra persistente. La guitarra había sido sustituida por un disco que sonaba de fondo, en el que reconocí la voz de Carlos Cano cantando coplas andaluzas: el ambiente permanecía intacto, pero ella no estaba allí, aunque yo llevaba su perfume y su presencia conmigo, continuamente. Me coloqué en la barra, acodado en el mismo sitio de la vez anterior y volví a pedir un fino, como si la repetición de mis actos

podiera hacer posible la magia del reencuentro. Volví a mirar al rincón en el que Maricruz había aparecido y este se volvió a llenar con su ausencia, como un dolor impreciso. Aislado en medio de las gentes que llenaban a esa hora el bar, bebí un sorbo de vino y escuché, casi involuntariamente, la canción que sonaba: *mi «vía» solo eres tú, y por jurarte yo eso, me diste en la boca un beso, que aún me quema, Maricruz. ¡Ay Maricruz!, ¡Ay Maricruz!* Sentí entonces un cosquilleo extraño por el cuerpo que, cuando llegó al cerebro, se concretó con toda la intensidad de lo inevitable: la novela se había transformado en canción, con la brevedad sentenciosa de las palabras que cantaba Carlos Cano. Entonces comprendí que el beso de Maricruz era el de la copla, que la tarde anterior era la materialización brevísima de una canción, que todo lo que había vivido desde que llegué a Sevilla solo fue la historia de un eterno amor fugaz con fondo de copla andaluza: *¡Ay Maricruz, Maricruz, maravilla de mujer...!*



una familia de
mujeres
ay
marionetas
marionetas



Maquiel Mejía

Jesús Pino

Otoño. Cielo, azul. Viento, frío...
La rosa, blanca, en el jardín, resiste.
Un pájaro en el aire, casto, triste,
enmarca, como un símbolo, el hastío.

La soledad, sayal yermo y baldío,
con elegante sobriedad reviste
los pétalos, los vuelos. Todo insiste
en ser literatura del vacío.

Otoño y soledad: las hojas muertas
giran en el asfalto sus olvidos:
un remolino de almas herrumbrosas.

Nada perdura. Por las anchas puertas
del corazón el tiempo arrastra unidos
cadáveres de pájaros y rosas.

Entrega

No lo digo por mí.
Lo digo por vosotros
que nunca tenéis tiempo de contemplar,
con la infantil paciencia de los astros,
la hermosa plenitud de los inviernos
-sus inmóviles fríos,
sus corazas de hielo,
sus encumbradas nieves
y esa luz cristalina endureciendo el aire-

Yo miro por vosotros
a través de la lluvia.
Me refugio en los fuegos de los bosques mendigos
y escucho el viento,
ancho como la estepa,
gemir como un escombros
de pétalos y sombras.

No sé si así os explico
mi condición de esclavo.
Lo digo por vosotros
que nunca tenéis tiempo para sentir la vida.

Agujeros negros

Hay días
que envejecen años.

Días en los que el tiempo
se acelera y arrastra y acumula
cansancio y rigidez,
desánimo y hastío.

Días llenos de rocas,
de luz espesa y negra,
de palabras aisladas
por murallas y fosos.

Y ocurre lo de siempre:
que nos van argollando
de edad terrosa y triste,
los pies y las arterias
los sueños y los huesos,
hundiéndonos a golpes,
ávidamente,
cansinamente,
envejeciéndonos
años a días
en la pequeña paz de las rutinas.

Cotidiano noviembre

El color pelo de rata de las nubes
transmite plomo al aire y se respira
tierra pulverizada,
arena de metal,
oxígeno pesado de noviembre,
polvo de claustro, tristeza,
tristeza gris y aérea.
Y así, la luz, es triste esta mañana.
Y también lo es el pájaro que vuela entre la luz.
Y el mismo vuelo y la oculta razón que lo sostiene.
Hablo de una meteorológica tristeza.
De una imprecisa conjunción de magnitudes
que debilitan la voluntad y la memoria
y el paisaje de los entendimientos.

Y al abrir la puerta, digo: el día es triste.
Y los perros me miran con sus ojos tristes.
Y la calle me acoje con su tristeza urbana.
Y está triste la ciudad.

Y miro hacia lo alto.
Y un absoluto desaliento me confirma
que hoy las ratas no moverán ni un pelo
en favor de la vida.

Elegía

¿Cómo os haría entender que ya no necesito
ni la piedad ni la misericordia?
¿De qué forma podría convencerlos
de que ya he traspasado la línea de la noche
y estoy donde un camino son todos los caminos,
donde la oscuridad no ciega sino arrastra
hacia una piel de piedra,
que el silencio es silencio de hielo opaco y sordo
y donde el miedo
es el miedo a no querer volver a parte alguna?

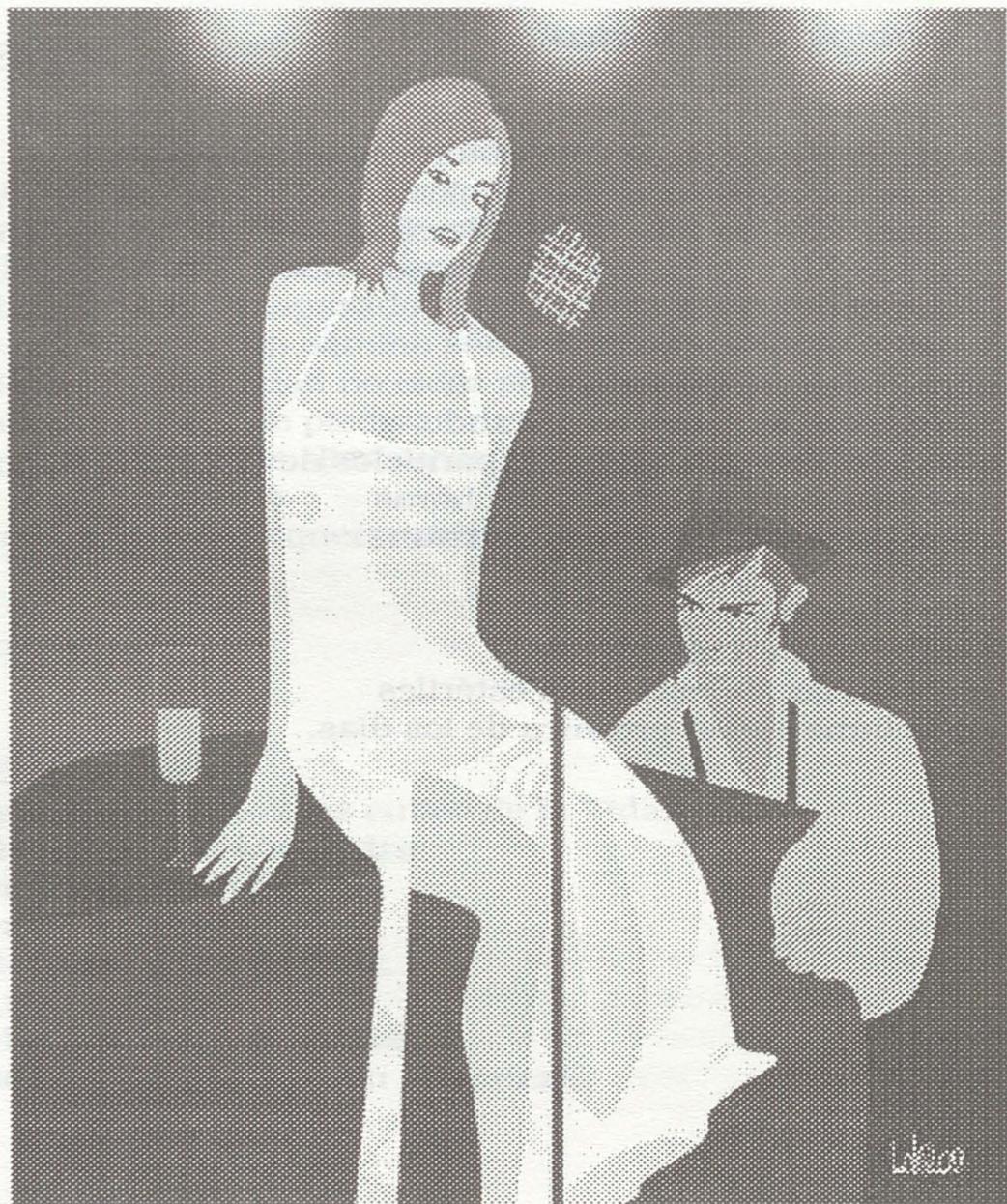
Pordiosero

Ese hombre
que buscando en los cubos de la Vida,
de repente se encuentra
con la palabra amor
entre los restos
de tanta podredumbre,
¿no es acaso,
el que a todos nos hace
semejantes, al fin, con la tristeza?

Cambio climatológico

Después de un largo y monótono estado del tiempo
hoy se ha vuelto irascible, violento, reñidor.
Fuertes ráfagas han derribado el orden
pacífico y burgués de los paisajes.
Sillas por el suelo.
Papeles y hojas muertas
como ingrares peonzas.
Ramas de los árboles danzando.
Rizos en las aguas y en los pañuelos de la luz.
Los pájaros temblando y las horas
dejando al aire sus culos de rutina.

Así debe ser.
Nada como un buen viento
para aliviar las máscaras estériles
de la inmovilidad prosaica de los días.



Antonio Illán Illán

Deseo 1

Sombra de cerezos,
en flor -soy optimista-,
lugar ameno
para vivir la eternidad intensamente
cuando se rompan las copas de la madrugada.
Caminar a oscuras por la noche inmensa
de la mano de unos versos silenciosos
no está en el mapa de la luz inerte
que se cita en las metáforas.
Sonrisa fugitiva.
Nada.
Ni tumbas de oro y lapislázuli,
ni cuerpos de santos que exudan
aceite milagroso y fragancia de violeta.
Tiempo detenido
en el valle que blanquea.
Deseo ya, por si acaso, acostumbrarme
al horizonte en calma.

Deseo 2

Noche y nieve
sombra y sueño,
camino blanco
que conduce al frío.
¡Abrázame fuerte!
como si fuéramos
a caernos del caballo
que galopa desbocado
cuando todas las rosas manan de su lengua.

Deseo 3

Un dios, o el concepto de un dios,
pues a dios nadie lo vio nunca,
parece a mis ojos
quien se sienta frente a mi
y se fascina con la risa.
Mirarte es la mejor manera
de arrebatarme todos los sentidos
y que la voz se canse,
la lengua se anude
y en los oídos
tiemble la tenue armonía
de una llama que no se consume.



Deseo 4

Estar. Ser. Vivir.
Emoción, sentimiento, deseo.
¿Quién dijo miedo?
Palabra, al fin.
Acaso todo
cabe
en la mirada

María José Vioque

Polaroid

Atrapo el instante
todas tus actitudes quedan impresas
reveladas en dos segundos
¡no te muevas!
uno
y ya lo tienes,
dos.

Ahora no se puede rectificar
eres tú y lo sabes.



índice	Págs
María Antonia Ricas	5
Isabel Rodríguez Ortega	8
Andrés José Ortega	17
Marisa Morata Hurtado	30
Emilio Sales Dasí	43
Paco Morata	51
Joaquín Copeiro	53
Jesús Morata	60
Gonzalo Vaquero Suela	64
Juan Carlos Pantoja Rivero	73
Jesús Pino	86
Antonio Illán Illán	93
María José Vioque	96



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

PATROCINA



Telefónica